LIBRO 4

SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA

JESUCRISTO, EL HIJO ETERNO DE DIOS



Su identidad eterna, su encarnación, su obra redentora, su victoria sobre la muerte y su señorío sobre todas las cosas

ROGER D. MUÑOZ

CRISTO LIBERA
GLOBAL THEOLOGICAL INSTITUTE

SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA
LIBRO 4

JESUCRISTO, EL HIJO ETERNO DE DIOS

Subtítulo

Su identidad eterna, su encarnación, su obra redentora, su victoria sobre la muerte y su señorío sobre todas las cosas

Roger D. Muñoz

Edición digital gratuita

JESUCRISTO, EL HIJO ETERNO DE DIOS

Su identidad eterna, su encarnación, su obra redentora, su victoria sobre la muerte y su señorío sobre todas las cosas

Roger D. Muñoz · Editorial Cristo Libera

Este libro se comparte gratuitamente en PDF. Se autoriza su distribución íntegra entre familiares, amigos, congregaciones y grupos de estudio, conservando el nombre del autor y los créditos de la obra.

La venta, la modificación o la reproducción parcial con fines comerciales requieren autorización del titular de los derechos.

Esta edición conserva el prólogo, la introducción, los diez capítulos y los textos complementarios del libro original.

Ministerio Cristo Libera Internacional: www.cristolibera.org

Instituto: www.cristoliberainstitute.org

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Contenido

Prólogo 6

Introducción 13

CAPÍTULO 1 ANTES DE BELÉN: EL HIJO QUE EXISTÍA ANTES DE TODAS LAS COSAS 23

La historia de Jesús no comenzó en un pesebre

CAPÍTULO 2 EL MESÍAS PROMETIDO: LAS PROFECÍAS QUE PREPARARON EL CAMINO PARA CRISTO 61

Dios no improvisó la llegada de su Hijo

CAPÍTULO 3 EL VERBO SE HIZO CARNE: EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN 73

Cuando el eterno entró en el tiempo

Contenido · continuación

CAPÍTULO 4 VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE 83
La persona única de Jesucristo

CAPÍTULO 5 EL HOMBRE PERFECTO 119
La vida, el carácter y la obediencia de Jesús

CAPÍTULO 6 LAS PALABRAS, LAS SEÑALES Y LA AUTORIDAD DE JESUCRISTO 163
Cuando la voz de Jesús no sonaba como las demás

CAPÍTULO 7 LA CRUZ 173
El lugar donde el amor, la justicia y la victoria se encontraron

CAPÍTULO 8 LA RESURRECCIÓN 181
Cuando la muerte fue derrotada

Contenido · continuación

CAPÍTULO 9 EL REY EXALTADO 217
La ascensión, el reinado y la intercesión de Cristo

CAPÍTULO 10 EL REY QUE VOLVERÁ 274
La segunda venida de Cristo y la esperanza de su pueblo

PRÓLOGO

LA PREGUNTA QUE DIVIDE LA HISTORIA

Hay preguntas que pueden cambiar una conversación.

Hay preguntas que pueden cambiar una decisión.

Y hay preguntas cuya respuesta cambia una vida entera.

Un día, Jesús caminaba con sus discípulos por la región de Cesarea de Filipo.

Ellos habían visto muchas cosas.

Habían visto enfermos sanados.

Demonios expulsados.

Tormentas calmadas.

Multitudes alimentadas.

Habían escuchado palabras que ningún maestro hablaba con semejante autoridad.

Habían visto a Jesús tocar a los que otros rechazaban.

Perdonar pecados.

Confrontar la hipocresía.

Llorar con los que lloraban.

Y hablar del Reino de Dios como quien conocía perfectamente al Rey.

Entonces Jesús hizo una pregunta:

“¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”

Mateo 16:13.

Los discípulos comenzaron a responder.

Unos decían que era Juan el Bautista.

Otros, Elías.

Otros, Jeremías.

Otros pensaban que era uno de los profetas.

Todas eran opiniones importantes.

Nadie estaba diciendo que Jesús fuera un hombre insignificante.

Lo comparaban con grandes figuras de la historia espiritual de Israel.

Pero ninguna de aquellas respuestas era suficiente.

Entonces Jesús hizo la pregunta personal:

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Mateo 16:15.

Pedro respondió:

“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Mateo 16:16.

Dos mil años después, la pregunta continúa delante de nosotros.

¿Quién es Jesucristo?

No estamos ante una pregunta secundaria.

La respuesta toca el corazón mismo de la fe cristiana.

Porque si Jesús fue solamente un maestro, podemos escuchar algunas de sus enseñanzas y rechazar otras.

Si fue solamente un profeta, podemos colocarlo junto a otros personajes religiosos de la historia.

Si fue solamente un ejemplo moral, podemos admirarlo desde lejos.

Pero si Jesús es verdaderamente quien dijo ser, entonces todo cambia.

Si es el Hijo eterno de Dios, debemos adorarlo.

Si es el Señor, debemos obedecerlo.

Si es el Salvador, necesitamos confiar en Él.

Si es el único Mediador, no debemos buscar otro camino hacia el Padre.

Si murió y resucitó, la muerte no tiene la última palabra.

Y si volverá como Rey, toda persona tendrá que responder ante Él.

Este libro nace de esa pregunta:

¿Quién es Jesús?

No queremos responderla desde la tradición humana.

Ni desde una película.

Ni desde una imagen religiosa.

Ni desde las opiniones populares.

Queremos caminar por las Escrituras.

Queremos verlo antes de Belén.

En las promesas.

En las profecías.

En su encarnación.

En sus palabras.

En sus obras.

En la cruz.

En la tumba vacía.

En la ascensión.

En su intercesión presente.

Y en la promesa de su regreso.

Porque Jesucristo no es solamente el personaje central de una religión.

Él es el centro de la historia de la redención.

Pablo escribió:

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas”.

Romanos 11:36.

Y acerca de Cristo declaró:

“Todo fue creado por medio de él y para él”.

Colosenses 1:16.

Estas palabras nos obligan a detenernos.

Todo fue creado por medio de Él.

Y para Él.

Entonces la historia no gira alrededor de nosotros.

La Biblia no gira alrededor de nosotros.

La Iglesia no gira alrededor de nosotros.

El ministerio no gira alrededor de nosotros.

Todo encuentra su centro en Cristo.

Este libro no ha sido escrito solamente para aumentar conocimiento.

Mi oración es que, mientras avancemos, algo ocurra dentro del corazón del lector.

Que el Cristo conocido se vuelva más grande que el Cristo imaginado.

Que el Jesús de las Escrituras derribe las imágenes pequeñas que hemos construido de Él.

Que el pecador descubra al Salvador.

Que el herido encuentre al Sumo Sacerdote compasivo.

Que el creyente cansado contemple al Cristo que intercede.

Que el ministro recuerde quién es el verdadero Señor de la obra.

Que la Iglesia vuelva a colocar a Jesucristo en el centro.

Porque al final, el cristianismo no se sostiene solamente sobre un conjunto de principios.

Se sostiene sobre una persona.

Jesucristo.

El Hijo eterno.

El Verbo hecho carne.

El Cordero de Dios.

El Siervo sufriente.

El Gran Sumo Sacerdote.

El Rey de reyes.

El Señor de señores.

El Alfa y la Omega.

El que murió.

El que resucitó.

El que vive.

El que intercede.

Y el que volverá.

Abramos entonces las Escrituras.

Y escuchemos nuevamente la pregunta:

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

INTRODUCCIÓN

CUANDO DIOS ENTRÓ EN NUESTRA HISTORIA

Belén estaba llena.

Personas entrando.

Personas saliendo.

Familias buscando alojamiento.

Comerciantes trabajando.

Soldados vigilando.

Viajeros cansados.

La vida continuaba.

El Imperio romano parecía controlar la historia.

César Augusto había ordenado un censo.

Desde Roma se tomaban decisiones que movían pueblos enteros.

Y José tuvo que viajar con María hacia Belén.

A los ojos del mundo, el emperador estaba moviendo la historia.

Pero en realidad, por encima de los decretos imperiales, Dios estaba cumpliendo su Palabra.

El profeta Miqueas había anunciado:

“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel”.

Miqueas 5:2.

Y mientras los poderosos dormían en palacios, ocurrió algo que cambiaría la historia.

Un niño nació.

No hubo desfile imperial.

No hubo ejército.

No hubo corona de oro.

No hubo recepción de gobernantes.

Lucas lo relata con una sencillez sorprendente:

“Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre”.

Lucas 2:7.

Cualquiera que hubiera pasado cerca habría visto solamente un niño.

Pero Juan, años después, explicaría la profundidad de lo ocurrido:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”.

Juan 1:14.

El eterno entró en el tiempo.

El Creador entró en su creación.

El invisible se hizo visible.

El Hijo eterno tomó naturaleza humana.

No dejó de ser Dios.

No fingió ser hombre.

No apareció solamente durante unos años con una apariencia humana.

Se hizo carne.

Esta es la maravilla de la encarnación.

No podemos comprender el evangelio sin conocer a Cristo

Muchas personas conocen historias acerca de Jesús.

Saben que nació en Belén.

Que realizó milagros.

Que tuvo doce discípulos.

Que murió en una cruz.

Que los cristianos dicen que resucitó.

Pero conocer acontecimientos acerca de Jesús no es necesariamente conocer quién es Jesús.

Los demonios reconocían cosas acerca de Él.

Las multitudes lo seguían por el pan.

Algunos querían sus milagros.

Otros querían utilizarlo para sus proyectos políticos.

Los líderes religiosos discutían con Él.

Pilato lo interrogó.

Herodes quiso verlo hacer alguna señal.

Muchas personas estuvieron cerca de Jesús.

Pero no todas comprendieron quién estaba delante de ellas.

Eso puede ocurrir también hoy.

Podemos cantar su nombre sin conocer profundamente su persona.

Podemos predicar acerca de Él y comenzar a construir nuestro propio reino.

Podemos usar la palabra "Cristo" continuamente y, sin darnos cuenta, vivir como si nosotros fuéramos el centro.

Por eso necesitamos volver a las Escrituras.

La cristología no es solamente para teólogos

Existe una palabra utilizada en teología:

Cristología.

Significa el estudio bíblico de la persona y obra de Jesucristo.

Algunas personas escuchan esa palabra y piensan:

“Eso es para profesores”.

“Eso es para seminarios”.

“Eso es para pastores”.

Pero cada creyente necesita saber quién es Cristo.

El nuevo creyente necesita saberlo.

El evangelista necesita saberlo.

El pastor necesita saberlo.

El misionero necesita saberlo.

El capellán necesita saberlo.

El maestro necesita saberlo.

Porque si nos equivocamos acerca de Cristo, podemos terminar predicando otro Jesús.

Pablo advirtió a los corintios acerca del peligro de recibir:

“Otro Jesús que el que os hemos predicado”.

2 Corintios 11:4.

Por eso la pregunta no es solamente:

¿Creo en Jesús?

También debemos preguntar:

¿En cuál Jesús creo?

¿En el Jesús de mis ideas?

¿En el Jesús de la cultura?

¿En un Jesús reducido a motivador?

¿En un Jesús utilizado para obtener prosperidad?

¿En un Jesús que nunca confronta el pecado?

¿En un Jesús que es solamente profeta?

¿O en el Jesucristo revelado en las Escrituras?

El propósito de este libro

En las próximas páginas caminaremos por diez grandes etapas.

Veremos al Hijo eterno antes de la encarnación.

Estudiaremos las promesas y profecías acerca del Mesías.

Contemplaremos el misterio de la encarnación.

Veremos a Jesús como verdadero Dios y verdadero hombre.

Caminaremos por su vida de obediencia perfecta.

Nos detendremos ante sus palabras, sus señales y su autoridad.

Llegaremos a la cruz.

Entraremos, con reverencia, en el significado de su sacrificio.

Después iremos a la tumba vacía.

Contemplaremos la resurrección.

La ascensión.

La intercesión de Cristo.

Y finalmente levantaremos nuestros ojos hacia su regreso y su Reino eterno.

No queremos solamente información.

Queremos contemplar a Cristo.

Porque Pablo escribió:

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados”.

2 Corintios 3:18.

Hay una transformación que ocurre cuando contemplamos correctamente a Cristo.

Por eso comenzaremos antes de Belén.

Antes del pesebre.

Antes de María y José.

Antes de Abraham.

Antes de Adán.

Antes de la creación.

Porque la historia de Jesucristo no comenzó cuando nació en Belén.

Juan escribió:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”.

Juan 1:1.

Allí comenzaremos.

CAPÍTULO 1

ANTES DE BELÉN: EL HIJO QUE EXISTÍA ANTES DE TODAS LAS COSAS

La historia de Jesús no comenzó en un pesebre

Cuando pensamos en el comienzo de la vida de una persona, pensamos en su nacimiento.

Buscamos una fecha.

Un lugar.

Una familia.

Pero cuando hablamos de Jesucristo, Belén no es el comienzo de su existencia.

Es el comienzo de su vida humana en la historia.

El Hijo ya existía.

Antes del pesebre.

Antes de los profetas.

Antes de Moisés.

Antes de Abraham.

Antes de Adán.

Antes de la creación.

Juan no comenzó su Evangelio diciendo:

“En Belén comenzó el Verbo”.

Escribió:

“En el principio era el Verbo”.

Juan 1:1.

La palabra es importante.

Era.

Cuando comenzó el principio, el Verbo ya era.

Y Juan continúa:

“Y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”.

En una sola frase encontramos verdades profundas.

El Verbo existía eternamente.

El Verbo estaba con Dios.

El Verbo era Dios.

Distinción.

Comunión.

Divinidad.

Y ese Verbo es quien, más adelante:

“Fue hecho carne, y habitó entre nosotros”.

Juan 1:14.

El niño de Belén es el Hijo eterno que entró en nuestra historia.

Y aquí comienza nuestro recorrido.

CAPÍTULO 1

ANTES DE BELÉN: EL HIJO QUE EXISTÍA ANTES DE TODAS LAS COSAS

La historia de Jesús no comenzó en un pesebre

Cuando pensamos en el comienzo de la vida de una persona, pensamos en su nacimiento.

Buscamos una fecha.

Un lugar.

Una familia.

Preguntamos:

¿Dónde nació?

¿Quiénes fueron sus padres?

¿Cómo fue su infancia?

Eso funciona cuando hablamos de cualquier ser humano.

Pero cuando hablamos de Jesucristo, ocurre algo extraordinario.

Podemos preguntar dónde nació según su humanidad.

La respuesta es Belén.

Podemos preguntar quién fue su madre.

La respuesta es María.

Podemos estudiar su genealogía.

Podemos hablar de su infancia.

Podemos seguir sus pasos por Galilea.

Pero si preguntamos:

¿Cuándo comenzó a existir el Hijo de Dios?

La respuesta bíblica es sorprendente:

Nunca comenzó a existir.

El Hijo es eterno.

Belén fue el lugar de su nacimiento humano.

Pero no fue el comienzo de su existencia.

Antes de que María lo llevara en su vientre, Él existía.

Antes de David, Él existía.

Antes de Moisés, Él existía.

Antes de Abraham, Él existía.

Antes de Adán, Él existía.

Antes de que hubiera tierra, mares, estrellas o galaxias, Él existía.

Antes de que existiera el tiempo creado, el Hijo estaba con el Padre.

Por eso Juan comienza su Evangelio con palabras que nos llevan más atrás que Belén.

Más atrás que Abraham.

Más atrás que Génesis 1:1.

Juan escribe:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios".

Juan 1:1.

Detengámonos allí.

No corramos.

Porque si comprendemos estas palabras, nunca volveremos a mirar a Jesús de la misma manera.

1. "En el principio era el Verbo"

Juan comienza intencionalmente con una expresión que recuerda Génesis.

Génesis comienza:

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra".

Génesis 1:1.

Juan comienza:

“En el principio era el Verbo”.

Juan 1:1.

Génesis nos lleva al comienzo de la creación.

Juan nos muestra que, cuando comenzó la creación, el Verbo ya existía.

Observe la diferencia.

La creación **comenzó**.

El Verbo **era**.

Las cosas creadas llegaron a existir.

El Hijo ya existía.

Juan no dice:

“En el principio fue creado el Verbo”.

No dice:

“En el principio comenzó a existir el Verbo”.

Dice:

“En el principio era el Verbo”.

Esto nos lleva directamente a la eternidad del Hijo.

Jesucristo no pertenece al grupo de los seres creados.

Él es anterior a la creación.

2. El Verbo estaba con Dios

Juan continúa:

“Y el Verbo era con Dios”.

Juan 1:1.

Aquí encontramos relación.

Comunión.

Distinción.

El Verbo estaba con Dios.

Esto nos ayuda a evitar un error que ya estudiamos al hablar de la Trinidad.

El Hijo no es el Padre.

El Hijo estaba con el Padre.

Jesús habló de la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo existiera.

En su oración dijo:

“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”.

Juan 17:5.

Piense en esas palabras.

Antes que el mundo fuese.

Antes de los océanos.

Antes de las montañas.

Antes de los ángeles.

Antes de la humanidad.

El Hijo compartía gloria con el Padre.

Jesús no estaba inventando una identidad durante su ministerio.

Estaba hablando desde una relación eterna.

3. “El Verbo era Dios”

Juan continúa con una declaración directa:

“Y el Verbo era Dios”.

Juan 1:1.

No dice que el Verbo era parecido a Dios.

No dice que era casi Dios.

No dice que era un ser espiritual muy elevado.

No dice que era el primero entre los seres creados.

Dice:

El Verbo era Dios.

Esta verdad es fundamental.

Si comenzamos con un Cristo creado, terminaremos con un evangelio diferente.

La fe cristiana confiesa que Jesucristo es plenamente Dios.

No una parte de Dios.

No un dios menor.

No una criatura con poderes extraordinarios.

El Hijo comparte eternamente la naturaleza divina.

Y, sin embargo, es distinto del Padre.

Por eso Juan puede decir al mismo tiempo:

El Verbo estaba con Dios.

Y:

El Verbo era Dios.

No hay contradicción.

Hay distinción de personas y unidad de naturaleza divina.

4. Todo fue creado por medio de Él

Juan continúa:

“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”.

Juan 1:3.

Esta declaración es decisiva.

Pensemos en dos categorías.

Por un lado, está todo lo que ha sido creado.

Por otro lado, está el Creador.

Juan coloca al Verbo del lado del Creador.

Todo fue hecho por medio de Él.

Y para que nadie piense que existe alguna excepción, Juan añade:

“Sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”.

Nada.

Las estrellas.

Los planetas.

La tierra.

Los mares.

Las plantas.

Los animales.

La humanidad.

Todo fue creado por medio del Hijo.

Pablo enseña la misma verdad:

“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles”.

Colosenses 1:16.

Y continúa:

“Todo fue creado por medio de él y para él”.

Esto es extraordinario.

No solamente todo fue creado **por medio de Cristo**.

Todo fue creado **para Cristo**.

La creación tiene un centro.

Y ese centro no somos nosotros.

Es Cristo.

5. Todo existe para Cristo

Vivimos en una cultura que enseña al ser humano a colocarse en el centro.

Mi felicidad.

Mi éxito.

Mis planes.

Mis sueños.

Mi reconocimiento.

Mi propósito.

Y esa mentalidad puede entrar también en la vida cristiana.

Podemos comenzar a pensar que Cristo existe para ayudarnos a cumplir nuestros planes.

Oramos para que bendiga nuestros proyectos.

Buscamos su poder para alcanzar nuestras metas.

Queremos que nos abra puertas.

Queremos que nos haga exitosos.

Pero Colosenses cambia completamente la perspectiva.

“Todo fue creado por medio de él y para él”.

Colosenses 1:16.

Nosotros existimos para Cristo.

La Iglesia existe para Cristo.

El ministerio existe para Cristo.

Los dones existen para servir a Cristo.

Los recursos existen para glorificar a Cristo.

La educación teológica existe para formar personas que conozcan, amen, obedezcan y anuncien a Cristo.

Cuando Cristo deja de ser el centro, incluso una obra cristiana puede perder su dirección.

6. Él es antes de todas las cosas

Pablo continúa:

“Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”.

Colosenses 1:17.

Cristo es antes de todas las cosas.

No dice simplemente que nació antes que otras personas.

Habla de su preexistencia.

De su eternidad.

Y añade:

Todas las cosas en Él subsisten.

La creación no solamente comenzó por medio de Cristo.

Continúa dependiendo de Él.

Hebreos dice acerca del Hijo:

“Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”.

Hebreos 1:3.

Piense en esto.

El Jesús que caminó por Galilea sostenía el universo.

El niño que María cargó en sus brazos era el Hijo eterno por medio del cual todas las cosas fueron creadas.

El hombre que dormía en la barca era el Señor de la creación.

Por eso, cuando se levantó y reprendió al viento y al mar, los discípulos preguntaron:

"¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?"

Marcos 4:41.

La pregunta era correcta.

¿Quién es este hombre?

La respuesta es mucho más grande de lo que ellos podían comprender en aquel momento.

7. Antes que Abraham fuese, yo soy

Un día Jesús tuvo una fuerte conversación con algunos líderes judíos.

En medio del diálogo habló de Abraham.

Entonces dijo:

"Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó".

Juan 8:56.

Sus oyentes quedaron sorprendidos.

Le dijeron:

“Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?”

Juan 8:57.

La respuesta de Jesús fue extraordinaria:

“De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy”.

Juan 8:58.

Observe que Jesús no dijo simplemente:

“Antes de Abraham, yo existía”.

Dijo:

“Yo soy”.

Sus oyentes comprendieron la gravedad de aquella declaración.

El siguiente versículo dice que tomaron piedras para arrojárselas.

¿Por qué una reacción tan fuerte?

Porque entendieron que Jesús estaba diciendo algo mucho más profundo que una simple afirmación de edad.

Estaba hablando de una existencia que trascendía el tiempo de Abraham.

Jesús no comenzó en Belén.

8. La gloria que tenía antes del mundo

Regresemos a la oración de Jesús en Juan 17.

Jesús dijo:

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado”.

Y añadió:

“Porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”.

Juan 17:24.

Antes de la fundación del mundo existía amor.

El Padre amaba al Hijo.

Esto es profundamente importante.

Dios no creó al ser humano porque estuviera solo.

Dios no necesitaba crear para aprender a amar.

Antes de la creación ya existía la comunión eterna del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La creación no nació de una necesidad de Dios.

Nació de su voluntad soberana.

9. El Hijo no comenzó cuando fue enviado

Gálatas dice:

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer”.

Gálatas 4:4.

Observe el orden.

Dios envió a su Hijo.

Y el Hijo nació de mujer.

No dice que Dios produjo un hijo por primera vez en el vientre de María.

El que fue enviado ya era el Hijo.

La encarnación no fue el comienzo de su persona.

Fue la entrada del Hijo eterno en la condición humana.

Esto nos ayuda a comprender la Navidad de una manera más profunda.

No celebramos simplemente el nacimiento de un gran hombre.

Celebramos la encarnación del Hijo eterno.

10. “He descendido del cielo”

Jesús habló repetidamente de haber descendido del cielo.

Dijo:

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”.

Juan 6:38.

Un profeta común puede decir:

“Dios me envió”.

Pero Jesús habla de una manera particular.

Dice que descendió del cielo.

También declaró:

“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre”.

Juan 3:13.

La identidad de Jesús no puede reducirse a la de un maestro humano que recibió un llamado especial.

Su misión tiene raíces eternas.

Él vino del Padre.

11. La riqueza que dejó para hacerse pobre

Pablo escribió:

“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico”.

2 Corintios 8:9.

¿En qué sentido era rico?

No está hablando simplemente de dinero.

Cristo poseía gloria.

Honor.

Comunión eterna con el Padre.

Y voluntariamente entró en nuestra condición humana.

No dejó de ser Dios.

Pero tomó forma de siervo.

Filipenses 2 declara:

“El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”.

Filipenses 2:6.

Luego:

“Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”.

Filipenses 2:7.

El movimiento es impresionante.

De la gloria al servicio.

De la majestad a la humildad.

Del cielo a nuestra condición.

Del trono al camino de la cruz.

12. ¿De qué se despojó Cristo?

Este pasaje ha sido malinterpretado algunas veces.

Cuando Filipenses dice que Cristo “se despojó a sí mismo”, no significa que dejó de ser Dios.

Dios no puede dejar de ser Dios.

El Hijo no abandonó su naturaleza divina.

El texto mismo explica cómo se humilló:

“Tomando forma de siervo”.

No fue una pérdida de divinidad.

Fue una adición de humanidad.

El Hijo eterno asumió naturaleza humana.

El que era rico se hizo pobre.

El Señor tomó forma de siervo.

El inmortal entró en una naturaleza humana capaz de sufrir y morir.

Todo esto para nuestra salvación.

13. El Hijo era conocido en el propósito eterno de Dios

Pedro escribió acerca de Cristo:

“Ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros”.

1 Pedro 1:20.

La cruz no fue un accidente.

La encarnación no fue una reacción desesperada ante un problema inesperado.

Dios no llegó a Génesis 3 y dijo:

“¿Y ahora qué hacemos?”

La redención estaba dentro del propósito eterno de Dios.

Cristo fue manifestado en la historia.

Pero el plan de redención no nació en la historia.

Tiene raíces en el propósito eterno de Dios.

14. Cristo en las promesas antiguas

Después de la caída, Dios habló a la serpiente y anunció:

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya”.

Génesis 3:15.

La historia comenzó a esperar un vencedor.

Después Dios llamó a Abraham y prometió que en su descendencia serían benditas todas las naciones.

Génesis 12.

La promesa continuó.

Judá recibió una palabra acerca del cetro.

David recibió la promesa de un reino.

Los profetas anunciaron al Mesías.

La historia avanzaba hacia Cristo.

Pero debemos comprender algo:

El Hijo no nació porque las profecías lo imaginaron.

Las profecías hablaron porque el propósito de Dios ya estaba establecido.

15. ¿Apareció el Hijo antes de la encarnación?

Esta es una pregunta que ha ocupado a muchos intérpretes cristianos.

En el Antiguo Testamento encontramos manifestaciones misteriosas de Dios.

El Ángel de Jehová.

El Varón que luchó con Jacob.

La figura que apareció a Josué como Príncipe del ejército de Jehová.

El cuarto hombre en el horno de fuego.

Debemos ser responsables.

No podemos afirmar dogmáticamente que cada aparición sobrenatural fue una manifestación preencarnada de Cristo.

El contexto de cada pasaje debe estudiarse.

Sin embargo, muchos intérpretes cristianos han visto en algunas de estas escenas posibles manifestaciones del Hijo antes de su encarnación.

La pregunta es legítima.

Pero no necesitamos depender de interpretaciones discutidas para demostrar la preexistencia de Cristo.

El Nuevo Testamento la enseña claramente.

16. Isaías vio su gloria

Juan hace una afirmación extraordinaria después de citar al profeta Isaías.

Escribe:

“Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él”.

Juan 12:41.

El contexto habla de Cristo.

Juan relaciona la visión de Isaías con la gloria de Jesús.

Isaías había visto al Señor sentado sobre un trono alto y sublime.

Los serafines proclamaban:

“Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”.

Isaías 6:3.

Juan nos lleva a contemplar la gloria de Cristo dentro de esa gran revelación divina.

El Jesús rechazado por muchos en su ministerio terrenal es el Señor de gloria.

17. El Cristo que nació pequeño no era pequeño

Aquí debemos detenernos.

El pesebre puede engañar nuestra imaginación.

Vemos vulnerabilidad.

Dependencia.

Pobreza.

Un niño envuelto en pañales.

Y todo eso era real según su humanidad.

Pero no debemos confundir humildad con insignificancia.

El Hijo que tomó naturaleza humana seguía siendo quien era eternamente.

La carta a los Hebreos dice:

“Por quien asimismo hizo el universo”.

Hebreos 1:2.

Y añade que Él es:

“El resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”.

Hebreos 1:3.

Belén no redujo la identidad del Hijo.

Reveló la profundidad de su humillación voluntaria.

18. La eternidad del Hijo cambia nuestra adoración

Si Jesús fuera solamente un hombre extraordinario, podríamos admirarlo.

Pero si es el Hijo eterno, debemos adorarlo.

Los discípulos comenzaron a comprenderlo progresivamente.

Después de que Jesús caminó sobre el mar, dice Mateo:

“Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios”.

Mateo 14:33.

Después de la resurrección, Tomás declaró:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28.

Y Jesús no lo corrigió.

El Hijo eterno es digno de adoración.

19. La eternidad del Hijo cambia nuestra confianza

Tal vez usted está atravesando una situación que parece demasiado grande.

Una crisis familiar.

Una puerta cerrada.

Una enfermedad.

Una pérdida.

Un problema económico.

Una responsabilidad ministerial que supera sus fuerzas.

Recuerde quién es Cristo.

No estamos confiando en un maestro muerto.

No estamos orando en el nombre de una figura histórica incapaz de actuar.

Cristo vive.

El que sostiene todas las cosas con la palabra de su poder sigue siendo Señor.

Esto no significa que siempre hará exactamente lo que nosotros deseamos.

Pero significa que nuestra vida está en manos de alguien que no está limitado por nuestras circunstancias.

20. La eternidad del Hijo cambia nuestra obediencia

Si Cristo es eterno, entonces su señorío no es una sugerencia.

No podemos tratar sus palabras como consejos opcionales.

Jesús preguntó:

"¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?"

Lucas 6:46.

Esta pregunta debe confrontarnos.

Podemos cantar:

“Jesús es Señor”.

Podemos escribirlo.

Predicarlo.

Colocarlo en una camiseta.

Pero la confesión del señorío de Cristo debe llegar a nuestras decisiones.

Si Él es Señor, tiene autoridad sobre nosotros.

21. Cristo existía antes de nuestro ministerio

Todo ministro necesita recordar esto.

Cristo existía antes de nosotros.

La Iglesia es de Cristo.

La misión es de Cristo.

La doctrina es de Cristo.

Los discípulos pertenecen a Cristo.

Ningún líder es indispensable para el Reino.

Somos siervos temporales de un Rey eterno.

Juan el Bautista comprendió esto.

Cuando algunas personas comenzaron a comparar su ministerio con el de Jesús, Juan respondió:

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”.

Juan 3:30.

Qué libertad existe cuando entendemos esto.

No tenemos que competir.

No tenemos que demostrar que somos los más grandes.

No tenemos que construir monumentos a nuestro nombre.

Cristo ya era Señor antes de que naciéramos.

Y seguirá siendo Señor después de que hayamos terminado nuestra carrera.

22. El Hijo eterno entró en el tiempo por nosotros

Aquí está la maravilla.

El que no tenía principio entró en nuestra historia.

El que creó todas las cosas caminó sobre la tierra que había creado.

El que sustenta el universo sintió hambre.

El que hizo los mares tuvo sed.

El que creó los árboles fue clavado en un madero.

El Autor de la vida entró voluntariamente en la muerte.

¿Por qué?

Por amor.

Pablo escribió:

“El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Gálatas 2:20.

La eternidad del Hijo no lo mantuvo distante.

Su grandeza no impidió su cercanía.

Su gloria no impidió su humillación.

Vino.

23. El evangelio comienza con quién es Cristo

Muchas veces comenzamos presentando el evangelio solamente desde la necesidad humana.

“Tienes problemas”.

“Necesitas paz”.

“Necesitas ayuda”.

Todo eso puede ser verdad.

Pero el evangelio es más grande.

Comienza con Dios.

Con quién es Cristo.

Con lo que Él hizo.

El pecador no necesita solamente una mejora emocional.

Necesita reconciliación con Dios.

Y quien realiza esa reconciliación no es un simple consejero.

Es el Hijo eterno que se hizo hombre.

Murió.

Resucitó.

Y vive para siempre.

24. No reduzca a Cristo al tamaño de su necesidad

Hay momentos en que tratamos a Jesús solamente como solución inmediata.

Jesús, ayúdame con este problema.

Jesús, abre esta puerta.

Jesús, sana esta enfermedad.

Jesús, resuelve esta crisis.

Podemos llevar nuestras necesidades a Cristo.

La Biblia nos invita a hacerlo.

Pero Cristo es mucho más grande que nuestras necesidades.

Él no existe para ocupar un pequeño espacio dentro de nuestro proyecto personal.

Nosotros existimos para Él.

Él es Señor.

Creador.

Redentor.

Rey.

Antes de pedirle que bendiga nuestros planes, debemos preguntarle:

Señor, ¿cuál es tu voluntad?

25. La pregunta más importante

Podemos saber muchas cosas.

Podemos conocer historia.

Tecnología.

Negocios.

Política.

Teología.

Podemos tener títulos académicos.

Pero hay una pregunta que ninguna persona puede evitar eternamente:

¿Quién es Jesucristo?

Juan escribió su Evangelio con un propósito:

“Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”.

Juan 20:31.

Y añadió:

“Y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”.

La cristología no es una curiosidad intelectual.

Tiene relación con la vida eterna.

26. El Hijo eterno y nuestra esperanza futura

El Cristo que existía antes de la creación es el mismo que volverá.

Jesús dijo:

“Vendré otra vez”.

Juan 14:3.

La historia no avanza hacia el vacío.

Avanza hacia el cumplimiento del propósito de Dios en Cristo.

Pablo escribió:

“Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra”.

Filipenses 2:10.

Y:

“Toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor”.

Filipenses 2:11.

El Hijo eterno entró en la historia.

Y la historia terminará reconociendo su señorío.

27. Antes de Belén había gloria

Antes del pesebre había gloria.

Antes de los pañales había majestad.

Antes de la carpintería de Nazaret estaba el Creador.

Antes de que los discípulos escucharan su voz en Galilea, los cielos habían sido hechos por medio de Él.

Antes de que los soldados colocaran una corona de espinas sobre su cabeza, Él era el Rey eterno.

Antes de que Pilato preguntara:

"¿Eres tú el Rey de los judíos?"

El Hijo ya reinaba.

La encarnación no creó su grandeza.

La ocultó temporalmente bajo la humildad del Siervo.

28. Y, sin embargo, vino

Esta es la frase que debe tocar nuestro corazón.

Vino.

Sabiendo el rechazo.

Vino.

Sabiendo la traición.

Vino.

Sabiendo los clavos.

Vino.

Sabiendo la cruz.

Vino.

El Hijo eterno entró en nuestra historia porque la salvación no podía ser realizada por nuestros esfuerzos.

No podíamos subir hasta Dios.

Por eso el Hijo descendió.

No podíamos salvarnos.

Por eso vino el Salvador.

No podíamos vencer la muerte.

Por eso vino el Autor de la vida.

29. La eternidad se acercó

Juan escribió:

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida”.

1 Juan 1:1.

Qué testimonio tan extraordinario.

El eterno fue escuchado.

Visto.

Contemplado.

Tocado.

Los discípulos caminaron con Él.

Comieron con Él.

Escucharon su risa.

Vieron sus lágrimas.

Observaron su compasión.

Y después de la resurrección tocaron al Cristo vivo.

La fe cristiana no anuncia una idea abstracta.

Anuncia a Jesucristo.

30. El Hijo eterno merece el centro

Después de contemplar estas verdades, debemos preguntarnos:

¿Ocupa Cristo verdaderamente el centro de mi vida?

¿O solamente aparece cuando tengo problemas?

¿Es el centro de mi predicación?

¿El centro de mi ministerio?

¿El centro de mi familia?

¿El centro de mi formación?

¿El centro de mis decisiones?

Pablo escribió:

“Para que en todo tenga la preeminencia”.

Colosenses 1:18.

Ese es el lugar de Cristo.

La preeminencia.

El primer lugar.

No uno de muchos lugares.

No un rincón religioso de nuestra vida.

El centro.

REFLEXIÓN FINAL

La historia de Jesús no comenzó en Belén.

Antes del pesebre, Él era.

Antes de Abraham, Él era.

Antes de la creación, Él estaba con el Padre.

El Verbo era Dios.

Todas las cosas fueron creadas por medio de Él.

Y para Él.

Él es antes de todas las cosas.

Y todas las cosas en Él subsisten.

El Hijo eterno tomó naturaleza humana.

Entró en nuestra historia.

Vivió entre nosotros.

Y lo hizo para salvar.

Por eso no podemos reducir a Jesucristo a maestro, profeta, ejemplo moral o ayudante de nuestros proyectos.

Él es el Hijo eterno.

Creador.

Señor.

Salvador.

Rey.

Y merece el centro de nuestra vida.

Oremos:

Señor Jesucristo, Hijo eterno de Dios, hoy reconozco nuevamente tu grandeza.
Antes de que el mundo existiera, tú eras.
Todas las cosas fueron creadas por medio de ti y para ti.
Perdóname por las veces que te he reducido al tamaño de mis necesidades o te he colocado en un lugar secundario de mi vida.
Ocupa el centro.
Gobierna mis decisiones.
Dirige mis planes.

Purifica mis motivaciones.
Que mi vida, mi familia, mi servicio y todo lo que haga existan para tu gloria.
Gracias porque, siendo rico, por amor a nosotros te hiciste pobre.
Gracias porque el Hijo eterno vino a buscarnos.
Dame ojos para contemplarte como realmente eres y un corazón dispuesto a obedecerte como Señor.
En tu nombre, Jesús. Amén.

El Hijo existía antes de Belén.

Pero durante siglos, Dios fue dejando señales acerca de su llegada.

Una descendencia prometida.

Un profeta semejante a Moisés.

Un Rey del linaje de David.

Un Siervo que sufriría.

Un niño llamado Dios fuerte.

Un gobernante que saldría de Belén.

La historia estaba esperando.

CAPÍTULO 2

EL MESÍAS PROMETIDO: LAS PROFECÍAS QUE PREPARARON EL CAMINO PARA CRISTO

Dios no improvisó la llegada de su Hijo

Jesucristo no apareció en la historia como una sorpresa sin anuncio.

Dios fue preparando el camino desde el principio.

Después de la caída, cuando el ser humano quedó marcado por el pecado, Dios no guardó silencio.

En medio del juicio, pronunció una promesa.

A la serpiente le dijo:

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.

Génesis 3:15.

Allí comenzó la esperanza.

Vendría una descendencia.

Vendría un vencedor.

La serpiente heriría.

Pero sería derrotada.

Desde ese momento, la historia bíblica empezó a caminar hacia Cristo.

1. La promesa dada a Abraham

Dios llamó a Abraham y le dijo:

“Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”.

Génesis 12:3.

La promesa no era pequeña.

No se trataba solamente de una familia.

Dios estaba mirando a las naciones.

Más adelante, Pablo explica que esta promesa encuentra su cumplimiento en Cristo.

La bendición prometida a Abraham llegaría a todas las familias de la tierra por medio del Mesías.

Cristo no vino solamente para un grupo.

Vino como Salvador para todos los que creen.

2. El cetro de Judá

Jacob profetizó sobre Judá:

“No será quitado el cetro de Judá... hasta que venga Siloh”.

Génesis 49:10.

La esperanza mesiánica empieza a enfocarse.

El Rey prometido vendría de una línea específica.

No de cualquier tribu.

Judá aparece como una señal.

Más adelante, el linaje de David saldrá de Judá.

Y de David vendrá el Cristo.

3. Un profeta como Moisés

Moisés dijo:

“Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios”.

Deuteronomio 18:15.

Israel esperaría un profeta mayor.

Uno que hablaría la Palabra de Dios con autoridad perfecta.

Jesús no fue solamente otro profeta.

Fue el cumplimiento mayor.

Moisés fue siervo en la casa.

Cristo es Hijo sobre la casa.

4. El Hijo de David

Dios hizo pacto con David y prometió:

“Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente”.

2 Samuel 7:16.

Esta promesa alimentó la esperanza del Rey mesiánico.

El Mesías sería hijo de David.

Pero no sería solamente un rey temporal.

Su Reino sería eterno.

Por eso Mateo comienza presentando a Jesús como:

“Hijo de David, hijo de Abraham”.

Mateo 1:1.

Jesús es el Rey prometido.

5. El niño llamado Dios fuerte

Isaías anunció:

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado... y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz”.

Isaías 9:6.

Un niño.

Pero no un niño común.

Un hijo.

Pero con títulos extraordinarios.

Dios fuerte.

Príncipe de paz.

Isaías estaba anunciando una realidad que supera a cualquier rey humano ordinario.

El Mesías vendría con una identidad gloriosa.

6. El nacimiento en Belén

Miqueas profetizó:

“Pero tú, Belén Efrata... de ti me saldrá el que será Señor en Israel”.

Miqueas 5:2.

Belén parecía pequeña.

Pero Dios escogió ese lugar para el nacimiento del Rey.

Mientras Roma daba órdenes y movía censos, Dios estaba cumpliendo su Palabra.

El Hijo de David nacería en la ciudad de David.

7. Emanuel: Dios con nosotros

Isaías también anunció:

“He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”.

Isaías 7:14.

Mateo interpreta esta profecía diciendo:

“Que traducido es: Dios con nosotros”.

Mateo 1:23.

En Cristo, Dios no solamente envió ayuda.

Dios se acercó.

El Hijo eterno tomó carne.

Emanuel.

Dios con nosotros.

8. El Siervo sufriente

Isaías 53 presenta una de las profecías más profundas acerca de la obra de Cristo.

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados”.

Isaías 53:5.

El Mesías no vendría solamente a reinar.

Vendría a sufrir.

Cargaría pecado.

Sería rechazado.

Llevaría nuestras rebeliones.

La cruz no fue accidente.

Estaba anunciada.

9. El Rey humilde

Zacarías profetizó:

“He aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno”.

Zacarías 9:9.

Jesús cumplió esta profecía al entrar en Jerusalén.

No entró como los reyes orgullosos del mundo.

Entró humilde.

Pero seguía siendo Rey.

El Reino de Cristo no se parece a los imperios humanos.

Su gloria camina con humildad.

10. El traspasado

Zacarías también anunció:

“Y mirarán a mí, a quien traspasaron”.

Zacarías 12:10.

Juan conecta esta palabra con Cristo crucificado.

Jesús fue traspasado.

Su muerte no fue una derrota sin sentido.

Fue el cumplimiento del plan redentor de Dios.

11. La piedra rechazada

El Salmo declara:

“La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo”.

Salmo 118:22.

Jesús aplicó este texto a sí mismo.

Los líderes lo rechazaron.

Pero Dios lo exaltó.

La piedra rechazada vino a ser fundamento.

La cruz parecía rechazo.

La resurrección declaró exaltación.

12. El Señor a la diestra

David escribió:

“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra”.

Salmo 110:1.

Jesús usó este salmo para mostrar que el Mesías era más que hijo de David.

Era Señor de David.

Después de la resurrección y ascensión, este texto se vuelve clave para entender la exaltación de Cristo.

Él reina a la diestra del Padre.

13. El Hijo del Hombre

Daniel vio:

“Con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre”.

Daniel 7:13.

Y recibió dominio, gloria y reino.

Jesús usó el título Hijo del Hombre muchas veces.

No era solamente una referencia a su humanidad.

También apuntaba a esa figura gloriosa que recibe un Reino eterno.

El Hijo del Hombre vino en humildad.

Pero volverá en gloria.

14. Las profecías no son piezas sueltas

Cada profecía es como una luz en el camino.

La descendencia de la mujer.

La bendición de Abraham.

El cetro de Judá.

El profeta como Moisés.

El Hijo de David.

El niño llamado Dios fuerte.

Emanuel.

El Siervo sufriente.

El Rey humilde.

El traspasado.

La piedra rechazada.

El Señor a la diestra.

El Hijo del Hombre.

Todas apuntan hacia Cristo.

La Biblia no es una colección de historias desconectadas.

Es una gran historia de redención que encuentra su centro en Jesucristo.

REFLEXIÓN FINAL

Dios no improvisó la llegada de Cristo.

La anunció.

La preparó.

La prometió.

Y en el cumplimiento del tiempo, envió a su Hijo.

Cristo es la respuesta a la promesa antigua.

El cumplimiento de la esperanza.

El Rey esperado.

El Siervo sufriente.

El Salvador prometido.

Por eso nuestra fe no descansa en una emoción reciente.

Descansa en el propósito eterno de Dios revelado en las Escrituras y cumplido en Jesucristo.

Oremos:

Señor Jesús, tú eres el Mesías prometido.
Desde el principio, Dios anunció tu victoria.
Gracias porque viniste en cumplimiento de la Palabra.
Abre mis ojos para verte en toda la Escritura.
Afirma mi fe, fortalece mi esperanza y enséñame a anunciarte como el Cristo, el Hijo del Dios viviente.
En tu nombre. Amén.

CAPÍTULO 3

EL VERBO SE HIZO CARNE: EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Cuando el eterno entró en el tiempo

Juan escribió una frase que debería hacernos detener:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”.

Juan 1:14.

No dice que el Verbo dejó de ser Dios.

No dice que el Verbo aparentó ser hombre.

No dice que el Verbo visitó la tierra disfrazado de ser humano.

Dice:

Fue hecho carne.

El Hijo eterno tomó verdadera naturaleza humana.

Entró en nuestra historia.

Nació.

Creció.

Tuvo hambre.

Tuvo sed.

Se cansó.

Lloró.

Fue tentado, pero sin pecado.

El Creador entró en su creación.

El Dios eterno se acercó a nosotros en Jesucristo.

1. La encarnación no fue pérdida de divinidad

Cuando Cristo se hizo hombre, no dejó de ser Dios.

Dios no puede dejar de ser Dios.

El Hijo eterno asumió humanidad verdadera sin abandonar su divinidad.

Pablo escribió:

“En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”.

Colosenses 2:9.

Toda la plenitud.

No una parte.

No una presencia limitada.

Cristo es verdaderamente Dios.

Y verdaderamente hombre.

2. Nacido de mujer

Pablo dijo:

“Dios envió a su Hijo, nacido de mujer”.

Gálatas 4:4.

El Hijo fue enviado.

Y nació de mujer.

Esto nos muestra dos verdades.

Primero, su preexistencia: fue enviado.

Segundo, su verdadera humanidad: nació.

Jesús no apareció como un fantasma.

No descendió ya adulto sin historia humana.

Nació de María.

Entró en la familia humana.

3. Concebido por el Espíritu Santo

El ángel dijo a María:

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”.

Lucas 1:35.

La encarnación fue obra divina.

Jesús no nació por voluntad humana ordinaria.

Fue concebido por el Espíritu Santo.

Por eso el ángel añadió:

“El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”.

Lucas 1:35.

Desde su concepción, Jesús es santo.

Sin pecado.

Verdadero hombre.

Hijo de Dios.

4. Emanuel: Dios con nosotros

Mateo declara que el nacimiento de Jesús cumplió la palabra:

“Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros”.

Mateo 1:23.

Esta es la maravilla de la encarnación.

Dios no permaneció distante.

Dios se acercó.

No solamente envió instrucciones desde lejos.

Vino en la persona del Hijo.

Emanuel.

Dios con nosotros.

5. Jesús tuvo verdadera humanidad

Jesús no fingió cansancio.

No fingió hambre.

No fingió dolor.

La Biblia dice que tuvo hambre.

Mateo 4:2.

Se cansó junto al pozo.

Juan 4:6.

Lloró ante la tumba de Lázaro.

Juan 11:35.

Durmió en una barca.

Marcos 4:38.

Sufrió realmente.

Murió realmente.

Su humanidad fue verdadera.

6. Jesús fue semejante a nosotros, pero sin pecado

Hebreos dice que Jesús fue tentado en todo según nuestra semejanza:

“Pero sin pecado”.

Hebreos 4:15.

Esto es importante.

Jesús no fue menos humano por no pecar.

Al contrario.

Él muestra la humanidad perfecta.

El pecado no nos hace más humanos.

Nos destruye.

Cristo es el hombre perfecto.

El segundo Adán.

El Hijo obediente.

7. Por qué era necesaria la encarnación

Para salvarnos, Cristo debía representarnos.

Debía asumir nuestra naturaleza.

Debía obedecer donde nosotros fallamos.

Debía morir en nuestro lugar.

Hebreos dice:

“Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo”.

Hebreos 2:14.

El Hijo eterno tomó carne y sangre para vencer, mediante su muerte, al que tenía el imperio de la muerte.

La encarnación fue necesaria para la redención.

8. El Hijo se humilló

Filipenses dice:

“Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo”.

Filipenses 2:7.

No se despojó de su divinidad.

Se humilló tomando forma de siervo.

El Señor de gloria entró en una condición humilde.

Nació en un pesebre.

Vivió sin ostentación.

Sirvió.

Lavó pies.

Obedeció hasta la cruz.

9. La grandeza de Cristo se ve en su humildad

El mundo asocia grandeza con poder visible.

Tronos.

Riqueza.

Dominio.

Aplausos.

Cristo mostró una grandeza diferente.

Siendo Señor, sirvió.

Siendo santo, se acercó al pecador.

Siendo Rey, entró humilde.

Siendo Dios, tomó carne.

La encarnación revela una humildad que debe destruir nuestro orgullo.

10. La encarnación y nuestra salvación

Sin encarnación no hay cruz.

Sin cruz no hay expiación.

Sin expiación no hay perdón.

Sin resurrección no hay esperanza.

Cristo vino para salvar.

El pesebre apunta hacia la cruz.

La Navidad apunta hacia la Pascua.

El nacimiento del Hijo encarnado prepara el camino para la muerte del Cordero.

REFLEXIÓN FINAL

El Verbo se hizo carne.

El eterno entró en el tiempo.

El Creador entró en su creación.

El Hijo de Dios se hizo verdadero hombre sin dejar de ser verdadero Dios.

Esto no es solamente una doctrina para estudiar.

Es una verdad para adorar.

Cristo vino.

Cristo se humilló.

Cristo se acercó.

Cristo tomó nuestra naturaleza para salvarnos.

Oremos:

Señor Jesús, gracias porque siendo eterno te hiciste hombre por nuestra salvación.
Gracias porque no fingiste nuestra condición, sino que entraste verdaderamente en ella sin pecado.
Enséñame a contemplar tu humildad, a confiar en tu obra y a seguir tu ejemplo.
Que la encarnación destruya mi orgullo y aumente mi adoración.
En tu nombre. Amén.

CAPÍTULO 4

VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE

La persona única de Jesucristo

Una tarde, después de un día intenso de enseñanza, Jesús entró en una barca con sus discípulos.

Mientras navegaban, se levantó una gran tempestad.

El viento golpeaba.

Las olas entraban en la embarcación.

Los discípulos, varios de ellos pescadores experimentados, comenzaron a temer por sus vidas.

¿Y dónde estaba Jesús?

Durmiendo.

Marcos dice:

“Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal”.

Marcos 4:38.

Aquella escena nos muestra algo profundamente humano.

Jesús estaba cansado.

Su cuerpo necesitaba descanso.

Había trabajado.

Había enseñado.

Había servido a las multitudes.

Y ahora dormía.

Los discípulos lo despertaron desesperados:

“Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?”

Entonces Jesús se levantó.

Miró al viento.

Miró al mar.

Y dijo:

“Calla, enmudece”.

Marcos 4:39.

El viento cesó.

El mar quedó en calma.

Y los discípulos se miraron unos a otros.

Habían visto al hombre cansado dormir.

Ahora veían a la creación obedecer su voz.

Entonces hicieron la pregunta:

“¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?”

Marcos 4:41.

Esa pregunta nos introduce directamente en el corazón de este capítulo.

¿Quién es Jesucristo?

El que dormía era verdaderamente hombre.

El que ordenó al mar callar es el Señor de la creación.

No eran dos personas.

Era el mismo Jesús.

Verdadero Dios.

Verdadero hombre.

Una sola persona.

Esta verdad es una de las columnas centrales de la fe cristiana.

Y necesitamos comprenderla correctamente.

1. Jesús no era mitad Dios y mitad hombre

A veces, sin darnos cuenta, imaginamos a Cristo como una mezcla.

Cincuenta por ciento Dios.

Cincuenta por ciento hombre.

Como si su divinidad y su humanidad se hubieran combinado para producir algo intermedio.

Pero esa no es la enseñanza bíblica.

Jesucristo es plenamente Dios.

Y plenamente hombre.

No es mitad de cada cosa.

No es una mezcla incompleta.

No es un tercer tipo de ser.

El Hijo eterno asumió una naturaleza humana verdadera.

Por eso la Iglesia ha confesado históricamente que Jesucristo es una persona con dos naturalezas: divina y humana.

No debemos imaginar dos Cristos.

Uno divino y otro humano.

Hay un solo Jesucristo.

El mismo que nació de María es el Hijo eterno.

El mismo que tuvo hambre multiplicó los panes.

El mismo que tuvo sed convirtió el agua en vino.

El mismo que lloró ante la tumba de Lázaro llamó a Lázaro fuera de la tumba.

El mismo que murió en la cruz resucitó al tercer día.

Una persona.

Verdadero Dios.

Verdadero hombre.

2. La Biblia presenta claramente su divinidad

Juan comenzó su Evangelio declarando:

“Y el Verbo era Dios”.

Juan 1:1.

Tomás, al encontrarse con Cristo resucitado, exclamó:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28.

Pablo escribió:

“De quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas”.

Romanos 9:5.

Tito habla de:

“Nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”.

Tito 2:13.

Hebreos, hablando del Hijo, declara:

“Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo”.

Hebreos 1:8.

No estamos construyendo la divinidad de Cristo sobre un solo versículo aislado.

La identidad divina de Cristo atraviesa el testimonio del Nuevo Testamento.

Está en sus títulos.

En sus obras.

En sus palabras.

En la adoración que recibe.

En la autoridad que ejerce.

En su relación eterna con el Padre.

Jesucristo es verdaderamente Dios.

3. Jesús posee atributos divinos

Las Escrituras presentan a Cristo con características que pertenecen a Dios.

Ya vimos su eternidad.

Jesús dijo:

“Antes que Abraham fuese, yo soy”.

Juan 8:58.

También vemos su autoridad sobre todas las cosas.

Después de resucitar declaró:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”.

Mateo 28:18.

Cristo conoce lo que hay en el ser humano.

Juan escribió:

“Él sabía lo que había en el hombre”.

Juan 2:25.

Pedro le dijo:

“Señor, tú lo sabes todo”.

Juan 21:17.

Cristo promete estar con sus discípulos en todas las naciones:

“He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Mateo 28:20.

El Hijo eterno no es una criatura elevada.

Es Dios verdadero.

4. Jesús realizó obras que pertenecen a Dios

Cristo no solamente habló con autoridad.

Actuó con autoridad divina.

Perdonó pecados.

Cuando el paralítico fue llevado delante de Él, Jesús dijo:

“Hijo, tus pecados te son perdonados”.

Marcos 2:5.

Los escribas pensaron:

“¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Marcos 2:7.

La pregunta tenía sentido.

El pecado es finalmente una ofensa contra Dios.

Pero Jesús no respondió:

“Ustedes tienen razón; me expresé mal”.

Al contrario.

Sanó al paralítico para demostrar:

“Que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados”.

Marcos 2:10.

Jesús también da vida.

Juzgará al mundo.

Recibe adoración.

Tiene autoridad sobre la naturaleza.

Tiene autoridad sobre los espíritus malignos.

Tiene autoridad sobre la enfermedad.

Tiene autoridad sobre la muerte.

El Jesús de los Evangelios no cabe dentro de la categoría de simple maestro religioso.

5. Jesús recibió adoración

Cuando Satanás tentó a Jesús, el Señor respondió:

“Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás”.

Mateo 4:10.

Jesús sabía que solamente Dios debe recibir adoración.

Sin embargo, los Evangelios muestran personas adorándolo.

Después de caminar sobre el mar:

“Los que estaban en la barca vinieron y le adoraron”.

Mateo 14:33.

Después de la resurrección:

“Ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron”.

Mateo 28:9.

Y cuando los discípulos lo vieron en Galilea:

“Le adoraron”.

Mateo 28:17.

Jesús no rechazó esa adoración.

¿Por qué?

Porque es digno de ella.

6. Pero Jesús también fue verdaderamente hombre

Aquí debemos mantener el equilibrio bíblico.

La Biblia que afirma la divinidad de Cristo también afirma claramente su humanidad.

Juan escribió:

“Y aquel Verbo fue hecho carne”.

Juan 1:14.

Pablo dijo:

“Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”.

1 Timoteo 2:5.

Hebreos declara:

“Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo”.

Hebreos 2:14.

Jesús tuvo un cuerpo humano real.

Una mente humana.

Emociones humanas.

Una voluntad humana perfectamente sometida al Padre.

Su humanidad no fue una apariencia.

Fue real.

7. Jesús creció

Lucas escribe acerca de Jesús:

“Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres”.

Lucas 2:52.

Esta frase puede sorprendernos.

El Hijo eterno, según su naturaleza humana, pasó por un verdadero proceso de crecimiento.

Fue bebé.

Niño.

Joven.

Adulto.

Aprendió a caminar.

Aprendió a hablar.

Vivió dentro de una familia.

Trabajó.

Conoció la vida cotidiana.

La encarnación fue real.

Jesús no apareció como adulto fingiendo una historia humana.

Entró verdaderamente en nuestra condición.

8. Jesús sintió hambre y sed

Después de ayunar en el desierto:

“Tuvo hambre”.

Mateo 4:2.

En la cruz dijo:

“Tengo sed”.

Juan 19:28.

Estas no eran actuaciones teatrales.

El cuerpo de Jesús tenía necesidades reales.

El Hijo eterno, según su humanidad, experimentó las limitaciones normales de la condición humana, sin pecado.

Cuando tuvo hambre, el hambre fue real.

Cuando tuvo sed, la sed fue real.

Cuando sufrió, el dolor fue real.

Esto es importante para nuestra salvación.

Cristo no nos salvó desde una distancia cómoda.

Entró en nuestra condición.

9. Jesús se cansó

Juan relata el encuentro de Jesús con la mujer samaritana.

Dice:

“Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo”.

Juan 4:6.

Me impresiona esa frase.

Cansado del camino.

El Salvador conoció el cansancio.

Caminó bajo el sol.

Sintió el peso del cuerpo.

Necesitó detenerse.

Esto nos muestra la profundidad de su humanidad.

Y también nos recuerda algo hermoso.

Cuando llegamos cansados delante de Cristo, no nos acercamos a alguien que desconoce completamente la experiencia humana.

Nuestro Sumo Sacerdote entró en nuestra condición.

10. Jesús sintió tristeza

Antes de la cruz, en Getsemaní, Jesús dijo:

“Mi alma está muy triste, hasta la muerte”.

Mateo 26:38.

Jesús conoció el dolor emocional.

Lloró ante la tumba de Lázaro.

Juan 11:35.

Lloró sobre Jerusalén.

Lucas 19:41.

Sintió compasión por las multitudes.

Fue conmovido por el sufrimiento humano.

Fue traicionado.

Abandonado.

Rechazado.

No tenemos un Salvador emocionalmente distante.

Tenemos un Salvador que entró verdaderamente en la experiencia humana.

11. Jesús fue tentado

Hebreos declara:

“Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”.

Hebreos 4:15.

Jesús enfrentó tentaciones reales.

En el desierto, Satanás lo tentó.

Durante su vida, enfrentó oposición.

Presión.

Dolor.

Rechazo.

Sin embargo, nunca pecó.

Aquí encontramos una diferencia fundamental entre Cristo y nosotros.

Él comparte nuestra humanidad.

Pero no nuestro pecado.

Jesús es el hombre perfecto.

El Cordero sin mancha.

El Hijo obediente.

12. La tentación de Jesús fue real

Algunas personas preguntan:

“Si Jesús es Dios, ¿cómo pudo ser tentado?”

Debemos permitir que la Biblia mantenga juntas las verdades que ella misma enseña.

Dios no puede ser tentado por el mal.

Santiago 1:13.

Y al mismo tiempo, el Hijo encarnado experimentó verdadera tentación según su humanidad.

Hebreos no presenta su tentación como una ficción.

Fue real.

Cristo enfrentó el ataque del enemigo.

Pero nunca hubo pecado en Él.

Nunca cedió.

Nunca se rebeló contra el Padre.

Nunca actuó con engaño.

Pedro escribió:

“El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca”.

1 Pedro 2:22.

13. Jesús podía representarnos porque era verdaderamente hombre

¿Por qué es tan importante la humanidad de Cristo?

Porque para salvarnos debía representarnos.

Pablo establece una relación entre Adán y Cristo.

Por un hombre entró el pecado.

Y por otro hombre viene la obra de justicia.

Romanos 5.

Adán desobedeció.

Cristo obedeció.

Adán llevó a la humanidad hacia condenación.

Cristo, el último Adán, trae vida a los que están unidos a Él.

Pablo escribió:

“Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante”.

1 Corintios 15:45.

Cristo vino como representante de una nueva humanidad.

14. Donde Adán falló, Cristo obedeció

Piense en el contraste.

Adán estaba en un jardín lleno de provisión.

Y desobedeció.

Cristo estuvo en un desierto después de cuarenta días de ayuno.

Y obedeció.

Adán escuchó la voz de la serpiente.

Cristo respondió a Satanás con la Palabra de Dios.

Adán buscó tomar lo que no le correspondía.

Cristo, siendo Señor, se humilló.

Adán llevó muerte.

Cristo trae vida.

Jesús es el Hijo obediente.

15. Cristo obedeció durante toda su vida

A veces pensamos en la obra de Cristo solamente desde la cruz.

La cruz es central.

Pero la obediencia de Cristo recorrió toda su vida.

Jesús vivió perfectamente delante del Padre.

Amó perfectamente.

Obedeció perfectamente.

Cumplió la voluntad del Padre.

Pudo decir:

“Yo hago siempre lo que le agrada”.

Juan 8:29.

¿Quién de nosotros podría decir eso?

Siempre.

No algunas veces.

No la mayoría del tiempo.

Siempre.

Cristo vivió la vida de obediencia que nosotros no hemos vivido.

16. Una persona, dos naturalezas

Aquí llegamos a una formulación importante.

Jesucristo es una sola persona.

El Hijo eterno.

Y en esa única persona existen dos naturalezas completas.

La naturaleza divina.

Y la naturaleza humana.

No están confundidas.

La humanidad no se convirtió en divinidad.

La divinidad no se transformó en humanidad.

No están separadas en dos personas.

El que actúa es el único Jesucristo.

Por eso podemos leer:

Jesús tuvo hambre.

Y Jesús multiplicó el pan.

Jesús durmió.

Y Jesús calmó la tormenta.

Jesús lloró.

Y Jesús resucitó a Lázaro.

Jesús murió.

Y Jesús resucitó.

Una sola persona.

Dos naturalezas.

17. No debemos dividir a Cristo

Hubo errores en la historia de la Iglesia que terminaron presentando prácticamente dos Cristos.

Como si el hombre Jesús fuera una persona y el Hijo divino otra persona separada.

Pero el Nuevo Testamento nos presenta un solo Señor Jesucristo.

El Hijo eterno es quien se encarnó.

María no dio a luz a una persona humana independiente que después fue ocupada por el Hijo.

El que nació de ella, según la carne, es el Hijo eterno encarnado.

Por eso el ángel dijo:

“El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”.

Lucas 1:35.

Una persona.

Jesucristo.

18. Tampoco debemos confundir sus naturalezas

El error opuesto es mezclar la divinidad y la humanidad hasta destruir la realidad de una de ellas.

Pero Jesús no es una mezcla.

La humanidad de Cristo permanece verdaderamente humana.

La divinidad permanece verdaderamente divina.

Esto nos ayuda a leer correctamente los Evangelios.

Cuando Jesús dice que tiene sed, no debemos pensar:

“Eso no podía ser real porque era Dios”.

Era real según su humanidad.

Cuando perdona pecados y recibe adoración, no debemos decir:

“Eso no puede ser porque era hombre”.

El único Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

19. ¿Cómo puede alguien comprender completamente esto?

No podemos.

Podemos definir bíblicamente.

Podemos establecer límites.

Podemos rechazar errores.

Podemos afirmar lo que las Escrituras enseñan.

Pero no podemos explicar exhaustivamente el misterio de la encarnación.

¿Y sabe algo?

Eso no debería sorprendernos.

Si no podemos comprender completamente muchos aspectos de la creación, ¿por qué pensaríamos que podemos comprender exhaustivamente al Creador encarnado?

La fe cristiana no nos pide creer contradicciones.

Pero sí nos lleva ante misterios que superan nuestra capacidad de comprensión total.

La respuesta correcta no es inventar.

Es adorar.

20. Nuestro Mediador tenía que ser hombre

Pablo escribió:

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”.

1 Timoteo 2:5.

Cristo puede representarnos porque asumió nuestra humanidad.

Entró en nuestra condición.

Vivió bajo la Ley.

Obedeció.

Sufrió.

Murió.

El autor de Hebreos dice:

“Debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote”.

Hebreos 2:17.

Su verdadera humanidad es esencial para su obra mediadora.

21. Nuestro Salvador tenía que ser más que un simple hombre

Pero ningún pecador podía salvar a otro pecador.

Ninguna criatura podía cargar con la obra redentora que Cristo realizó.

Nuestra salvación necesitaba un Salvador sin pecado.

Un sacrificio perfecto.

Un Mediador suficiente.

El valor de la obra de Cristo está unido a la grandeza de su persona.

El que murió en la cruz no fue un hombre cualquiera.

Fue el Hijo eterno encarnado.

Por eso la cruz tiene una profundidad que no podemos reducir a la muerte de un mártir.

22. Cristo puede comprender nuestra debilidad

Hebreos dice:

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades”.

Hebreos 4:15.

Esta verdad es profundamente pastoral.

Cuando usted está cansado, Cristo conoce la experiencia del cansancio.

Cuando es rechazado, Cristo conoció rechazo.

Cuando es traicionado, Cristo fue traicionado.

Cuando llora, Cristo lloró.

Cuando enfrenta tentación, Cristo fue tentado, aunque nunca pecó.

Esto no significa que Cristo haya experimentado cada circunstancia exacta de cada ser humano.

Significa que entró verdaderamente en la condición humana y conoce nuestra debilidad.

23. Podemos acercarnos con confianza

Después de hablar de nuestro Sumo Sacerdote, Hebreos dice:

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”.

Hebreos 4:16.

Observe la conclusión.

Porque tenemos este Sumo Sacerdote, podemos acercarnos.

No huir.

No escondernos.

No esperar hasta sentirnos perfectos.

Acercarnos.

¿Para qué?

“Para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”.

Cuando somos débiles, necesitamos acercarnos.

Cuando somos tentados, necesitamos acercarnos.

Cuando hemos fallado, necesitamos arrepentirnos y acercarnos.

Cristo es un Sumo Sacerdote misericordioso.

24. La humanidad de Cristo dignifica el servicio humilde

Jesús, siendo Señor, lavó los pies de sus discípulos.

Juan 13.

Piense en la escena.

Las manos por medio de las cuales todas las cosas fueron creadas estaban lavando pies.

El Señor se ciñó una toalla.

El Maestro se inclinó.

Después dijo:

“Ejemplo os he dado”.

Juan 13:15.

Si el Hijo de Dios sirvió, ¿por qué nosotros buscamos constantemente posiciones para ser servidos?

La cristología correcta debe matar el orgullo ministerial.

No podemos predicar al Cristo humilde mientras construimos una cultura de vanidad alrededor de nosotros mismos.

25. La divinidad de Cristo fortalece nuestra oración

Jesús no es solamente alguien que comprende nuestra debilidad.

También tiene poder para socorrernos.

Aquí está la belleza.

Verdadero hombre: comprende nuestra condición.

Verdadero Dios: tiene poder para salvar completamente.

Hebreos dice:

“Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”.

Hebreos 7:25.

Nuestro Salvador es compasivo.

Y poderoso.

Cercano.

Y soberano.

Humilde.

Y glorioso.

26. La persona de Cristo protege el evangelio

¿Por qué hubo tanta lucha doctrinal en la historia de la Iglesia acerca de la identidad de Cristo?

Porque no era una discusión inútil.

Si Cristo no es verdaderamente Dios, nuestra fe queda destruida.

Si Cristo no es verdaderamente hombre, tampoco puede representarnos correctamente.

Si dividimos a Cristo en dos personas, destruimos la unidad del Mediador.

Si mezclamos sus naturalezas hasta perder su verdadera humanidad o divinidad, distorsionamos al Salvador.

La doctrina protege el evangelio.

27. No necesitamos un Cristo inventado

Cada generación intenta reconstruir a Jesús a su propia imagen.

Algunos quieren un Jesús solamente político.

Otros, un Jesús solamente terapéutico.

Otros, un Jesús que garantice riqueza.

Otros, un Jesús revolucionario según sus propias ideologías.

Otros, un Jesús débil que nunca confronta.

Otros, un Jesús duro sin compasión.

Pero no tenemos derecho a inventar a Cristo.

Debemos recibir al Cristo de las Escrituras.

El Santo.

El compasivo.

El Rey.

El Siervo.

El Juez.

El Salvador.

El Cordero.

El León.

Verdadero Dios.

Verdadero hombre.

28. Pilato no comprendió quién estaba delante de él

Imagine aquella escena.

Pilato sentado como representante de Roma.

Jesús delante de él.

Humanamente, parecía que Pilato tenía el poder.

Podía liberar.

Podía condenar.

Podía decidir.

Entonces Pilato dijo:

"¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?"

Juan 19:10.

Jesús respondió:

"Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba".

Juan 19:11.

Qué escena.

Un gobernador temporal interrogando al Rey eterno.

Un hombre creyendo que controlaba el destino de Aquel por medio de quien fueron creadas todas las cosas.

Las apariencias pueden engañar.

Cristo estaba humillado.

Pero seguía siendo Señor.

29. La cruz no eliminó su identidad

Cuando Jesús fue golpeado, seguía siendo el Hijo.

Cuando fue escupido, seguía siendo el Hijo.

Cuando fue coronado de espinas, seguía siendo Rey.

Cuando fue clavado en la cruz, seguía siendo Señor.

Su humillación fue voluntaria.

Jesús había dicho:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo”.

Juan 10:18.

La cruz no demuestra debilidad moral.

Demuestra obediencia.

Amor.

Entrega.

Y un propósito redentor que estudiaremos con profundidad más adelante.

30. La pregunta sigue delante de nosotros

Los discípulos preguntaron:

“¿Quién es éste?”

Marcos 4:41.

Pedro respondió:

“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Mateo 16:16.

Tomás declaró:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28.

Pablo proclamó que Cristo es:

“La imagen del Dios invisible”.

Colosenses 1:15.

Y Hebreos declara que es:

“El resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”.

Hebreos 1:3.

Ahora la pregunta llega a nosotros.

¿Quién es Jesús para nosotros?

No basta decir:

“Un buen maestro”.

No basta decir:

“Un profeta poderoso”.

No basta decir:

“Una figura histórica importante”.

Jesucristo es el Hijo eterno encarnado.

Verdadero Dios.

Verdadero hombre.

Señor.

Salvador.

Rey.

REFLEXIÓN FINAL

En la barca vimos a Jesús dormir.

Verdadero hombre.

Después lo vimos levantarse y ordenar al mar:

“Calla, enmudece”.

Y la creación obedeció.

El mismo Jesús.

Una sola persona.

Verdadero Dios.

Verdadero hombre.

Esta verdad sostiene nuestra salvación.

Porque necesitábamos un representante verdaderamente humano.

Y necesitábamos un Salvador perfectamente santo y suficiente.

En Cristo encontramos al Mediador perfecto.

Él conoce nuestra debilidad.

Y tiene poder para salvar.

Puede compadecerse.

Y puede sostenernos.

Fue tentado.

Pero nunca pecó.

Murió verdaderamente.

Y resucitó victoriosamente.

No necesitamos inventar otro Cristo.

Necesitamos conocer, amar, obedecer y anunciar al Jesucristo revelado en las Escrituras.

Oremos:

Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, hoy te contemplo con reverencia.
Gracias porque entraste verdaderamente en nuestra condición humana sin pecado.
Gracias porque conoces nuestra debilidad y puedes compadecerte de nosotros.
Gracias porque no eres solamente cercano, sino también poderoso para salvar completamente a quienes se acercan a Dios por medio de ti.
Líbrame de construir una imagen de ti según mis propios deseos.
Enséñame a conocerte como te revelan las Escrituras.
Que tu humildad destruya mi orgullo.
Que tu obediencia confronte mi rebeldía.
Que tu compasión transforme mi manera de tratar a los demás.
Y que tu señorío gobierne cada área de mi vida.
Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.
Mi Señor y mi Salvador.
Amén.

Hemos contemplado quién es Jesús.

Ahora debemos caminar detrás de Él.

Escuchar sus palabras. Mirar sus decisiones.

Observar cómo trató al pecador, al enfermo, al religioso, al rechazado y al poderoso.

Porque antes de llegar a la cruz, Jesucristo vivió una vida de perfecta obediencia al Padre.

CAPÍTULO 5

EL HOMBRE PERFECTO

La vida, el carácter y la obediencia de Jesús

Hablar de Jesucristo es hablar de la cruz.

Es hablar de la resurrección.

Es hablar de salvación.

Pero antes de llegar al Calvario, debemos mirar el camino que Jesús recorrió.

Durante aproximadamente treinta años vivió en relativa quietud.

Después comenzó su ministerio público.

Caminó por ciudades.

Entró en aldeas.

Visitó hogares.

Comió con personas rechazadas.

Tocó enfermos.

Lloró con los que sufrían.

Confrontó a los religiosos.

Recibió a los niños.

Oró durante noches enteras.

Enseñó a multitudes.

Y formó pacientemente a un pequeño grupo de discípulos que muchas veces no comprendían lo que Él estaba haciendo.

Los Evangelios nos permiten mirar de cerca esa vida.

Y cuando lo hacemos, descubrimos algo extraordinario.

Jesús no solamente murió perfectamente.

Vivió perfectamente.

Nunca pecó.

Nunca engañó.

Nunca manipuló.

Nunca actuó por orgullo.

Nunca buscó gloria personal.

Nunca desobedeció al Padre.

Nunca utilizó a las personas para construir su propio nombre.

Vivió como ningún ser humano ha vivido.

Fue el hombre perfecto.

1. Jesús vino para hacer la voluntad del Padre

Una de las cosas que más impresiona al estudiar la vida de Jesús es su claridad de propósito.

Jesús sabía por qué había venido.

No vivía reaccionando a las circunstancias.

No permitía que las multitudes determinaran su dirección.

No construía su identidad sobre la aprobación de las personas.

Su vida estaba orientada hacia la voluntad del Padre.

Dijo:

“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”.

Juan 4:34.

Piense en esa expresión:

Mi comida.

Así como el cuerpo desea alimento, Jesús deseaba hacer la voluntad del Padre.

La obediencia no era una actividad secundaria.

Era el centro de su vida.

2. Jesús no vivió para agradarse a sí mismo

Pablo escribió:

“Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo”.

Romanos 15:3.

Esta frase confronta profundamente nuestra generación.

Vivimos en una cultura que repite:

Haz lo que te haga feliz.

Sigue solamente tus sentimientos.

Tú eres el centro.

No permitas que nadie te diga qué hacer.

Pero Jesús vivió de otra manera.

No preguntaba:

¿Qué me resulta más cómodo?

Preguntaba, por su manera de vivir:

¿Cuál es la voluntad del Padre?

Esa es una diferencia fundamental entre la vida centrada en uno mismo y la vida centrada en Dios.

3. La obediencia de Jesús comenzó antes de la cruz

Cuando pensamos en la obediencia de Cristo, inmediatamente pensamos en Getsemaní.

Y correctamente.

Pero la obediencia de Jesús no comenzó allí.

Toda su vida fue obediencia.

Obedeció en Nazaret.

Obedeció en el desierto.

Obedeció cuando fue rechazado.

Obedeció cuando fue popular.

Obedeció cuando las multitudes lo buscaban.

Obedeció cuando las multitudes lo abandonaron.

Obedeció cuando era celebrado.

Y obedeció cuando fue crucificado.

Pablo escribió:

“Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Filipenses 2:8.

La cruz fue la expresión culminante de una vida completamente rendida al Padre.

4. Jesús conocía la Palabra

Cuando Satanás lo tentó en el desierto, Jesús respondió:

“Escrito está”.

Mateo 4:4.

Después nuevamente:

“Escrito está”.

Mateo 4:7.

Y una tercera vez:

“Escrito está”.

Mateo 4:10.

Jesús enfrentó la tentación utilizando correctamente la Palabra de Dios.

No manipuló la Escritura.

No la utilizó fuera de contexto para justificar sus deseos.

La conocía.

La obedecía.

La enseñaba.

La aplicaba correctamente.

Esto debe hablar a todo discípulo.

No podemos vivir una vida cristiana fuerte alimentándonos solamente de frases motivacionales.

Necesitamos conocer la Palabra.

5. Jesús también enfrentó una mala utilización de la Biblia

Hay un detalle importante en la tentación del desierto.

Satanás también citó la Escritura.

Le dijo a Jesús:

“Escrito está”.

Mateo 4:6.

Esto nos enseña algo fundamental.

No toda persona que cita un versículo lo está interpretando correctamente.

La Biblia puede ser utilizada fuera de contexto.

Puede ser manipulada.

Puede ser usada para justificar decisiones equivocadas.

Jesús respondió a la Escritura mal utilizada con una comprensión correcta de la Escritura.

Por eso la Iglesia necesita doctrina.

Hermenéutica.

Exégesis.

Contexto.

Madurez.

No basta repetir textos.

Debemos aprender a manejarlos correctamente.

6. Jesús fue un hombre de oración

Si hay alguien que aparentemente podría haber dicho:

“No necesito orar”,

sería Jesús.

Sin embargo, los Evangelios muestran continuamente a Cristo orando.

Lucas dice:

“Mas él se apartaba a lugares desiertos, y oraba”.

Lucas 5:16.

Antes de escoger a los doce:

“Pasó la noche orando a Dios”.

Lucas 6:12.

Antes de la cruz oró en Getsemaní.

En la cruz oró.

Jesús vivió en comunión con el Padre.

Si el Hijo encarnado vivió una vida de oración, ¿cómo podemos pensar nosotros que podemos vivir sin ella?

7. El éxito no interrumpía su comunión con el Padre

Marcos relata una escena extraordinaria.

Jesús había tenido una jornada de gran actividad.

Muchas personas habían sido sanadas.

La ciudad estaba impactada.

Humanamente podríamos pensar:

“Mañana hay que aprovechar el éxito”.

Pero Marcos dice:

“Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba”.

Marcos 1:35.

Mientras todos lo buscaban, Jesús buscaba la presencia del Padre.

Esto debe confrontar especialmente a quienes servimos.

Es posible estar tan ocupados haciendo cosas para Dios que descuidemos nuestra comunión con Dios.

El ministerio nunca debe reemplazar la oración.

8. Jesús no era controlado por las multitudes

Después de la multiplicación de los panes, la gente quiso tomar a Jesús para hacerlo rey.

Juan escribe:

“Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo”.

Juan 6:15.

Qué interesante.

Muchos líderes habrían interpretado aquello como una gran oportunidad.

Una multitud quiere coronarlo.

Una plataforma nacional.

Influencia.

Poder.

Pero Jesús sabía que ese no era el camino del Padre.

No toda oportunidad es voluntad de Dios.

No toda puerta abierta debe cruzarse.

No todo crecimiento visible significa aprobación divina.

Jesús no era gobernado por la popularidad.

9. Tampoco era destruido por el rechazo

En otra ocasión, muchos discípulos dejaron de seguirlo.

Juan dice:

“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él”.

Juan 6:66.

Jesús no cambió su mensaje para recuperar la multitud.

No corrió detrás de ellos diciendo:

“Esperen, puedo modificar algunas cosas”.

Miró a los doce y preguntó:

“¿Queréis acaso iros también vosotros?”

Juan 6:67.

Jesús amaba a las personas.

Pero no dependía emocionalmente de su aprobación.

Su identidad estaba afirmada en el Padre.

10. Jesús era compasivo

Mateo dice:

“Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”.

Mateo 9:36.

Jesús no veía números.

Veía personas.

No veía solamente una multitud útil para aumentar su influencia.

Veía dolor.

Confusión.

Necesidad.

Desorientación.

La palabra compasión aparece repetidamente en los Evangelios.

Jesús tuvo compasión del enfermo.

Del hambriento.

Del rechazado.

De la viuda.

De la multitud.

La verdad en Jesús nunca fue fría.

La autoridad en Jesús nunca fue cruel.

La santidad en Jesús nunca fue indiferente al sufrimiento.

11. Jesús tocó al que nadie quería tocar

Un leproso se acercó a Jesús.

En aquella sociedad, la lepra no era solamente una enfermedad física.

Traía aislamiento.

Rechazo.

Distancia.

El hombre dijo:

“Señor, si quieres, puedes limpiarme”.

Mateo 8:2.

Jesús podía haberlo sanado con una palabra.

Pero Mateo dice:

“Jesús extendió la mano y le tocó”.

Mateo 8:3.

Antes de decir:

“Quiero; sé limpio”,

Jesús lo tocó.

Tal vez aquel hombre llevaba mucho tiempo sin sentir el contacto de una mano que no fuera de rechazo o miedo.

Cristo no solamente tenía poder.

Tenía compasión.

12. Jesús veía a las personas que otros ignoraban

Una mujer enferma tocó el borde de su manto entre una multitud.

Jesús se detuvo.

Los discípulos estaban sorprendidos.

Todos lo apretaban.

Pero Jesús sabía que alguien se había acercado con fe.

Marcos 5.

En Jericó, una multitud rodeaba a Jesús.

Pero Él escuchó el grito de Bartimeo.

Marcos 10.

En medio de una ciudad, levantó la mirada y vio a Zaqueo en un árbol.

Lucas 19.

Jesús tenía una capacidad extraordinaria de ver a la persona dentro de la multitud.

Ese es un desafío para todo ministerio.

Nunca debemos amar más las multitudes que a las personas.

13. Jesús recibió a los niños

Los discípulos intentaban impedir que los niños se acercaran.

Tal vez pensaban que Jesús estaba demasiado ocupado para ellos.

Pero Jesús dijo:

“Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis”.

Marcos 10:14.

Después:

“Tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía”.

Marcos 10:16.

El Rey del universo tenía tiempo para los niños.

Esto nos muestra el carácter de Cristo.

La verdadera grandeza no se demuestra solamente en cómo tratamos a las personas importantes.

Se demuestra en cómo tratamos a quienes no pueden aumentar nuestro prestigio.

14. Jesús trató con dignidad a las mujeres

En una cultura donde muchas mujeres eran ignoradas o marginadas, Jesús actuó de manera diferente.

Habló públicamente con la mujer samaritana.

Juan 4.

Permitió que mujeres fueran discípulas y apoyaran el ministerio.

Lucas 8.

Defendió a una mujer que fue criticada por ungirlo.

Marcos 14.

Recibió a María a sus pies como discípula.

Lucas 10.

Después de la resurrección, mujeres estuvieron entre las primeras testigos de la tumba vacía.

Jesús trató a las mujeres con dignidad, verdad y compasión.

15. Jesús fue amigo de pecadores sin participar en su pecado

Los religiosos lo acusaron:

“Amigo de publicanos y de pecadores”.

Mateo 11:19.

Jesús se acercaba a personas de mala reputación.

Comía con ellas.

Hablaba con ellas.

Entraba en sus casas.

Pero nunca participó en su pecado.

Aquí encontramos un equilibrio que la Iglesia necesita.

Separarnos completamente de los pecadores impide que escuchen el evangelio.

Imitar su pecado destruye nuestro testimonio.

Jesús se acercaba sin contaminarse.

Amaba sin aprobar el pecado.

Recibía al pecador y lo llamaba a una vida nueva.

16. Gracia y verdad caminaron juntas en Jesús

Juan escribió:

“La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”.

Juan 1:17.

Algunas personas quieren gracia sin verdad.

No confrontar nada.

No llamar pecado al pecado.

No hablar de arrepentimiento.

Otras quieren verdad sin gracia.

Condenar.

Humillar.

Herir.

Sentirse superiores.

En Jesús encontramos gracia y verdad.

Perdonó a la mujer pecadora.

Pero también dijo:

“Vete, y no peques más”.

Juan 8:11.

No la destruyó.

Tampoco llamó bueno a su pecado.

Gracia.

Y verdad.

17. Jesús confrontó la hipocresía

El Jesús compasivo también fue firme.

En Mateo 23 pronunció fuertes palabras contra la hipocresía religiosa.

Dijo:

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!"

Mateo 23:13.

¿Por qué tanta firmeza?

Porque la hipocresía religiosa hacía daño.

Personas que aparentaban santidad mientras escondían corrupción.

Líderes que imponían cargas sobre otros.

Personas preocupadas por la apariencia exterior mientras el interior estaba lleno de pecado.

Jesús fue misericordioso con el quebrantado.

Pero severo con la hipocresía orgullosa.

18. Jesús no tenía necesidad de aparentar

Muchas personas viven cansadas porque mantienen una imagen.

Quieren parecer fuertes.

Parecer espirituales.

Parecer exitosas.

Parecer importantes.

Jesús no necesitaba construir una imagen.

Sabía quién era.

Por eso podía lavar pies.

Podía sentarse con pobres.

Podía llorar.

Podía retirarse de las multitudes.

Podía guardar silencio ante acusaciones falsas.

La seguridad de identidad produce libertad.

Cuando sabemos quiénes somos delante de Dios, disminuye nuestra necesidad de demostrar algo constantemente delante de los hombres.

19. Jesús fue humilde

Jesús dijo:

“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”.

Mateo 11:29.

Observe:

Aprended de mí.

La humildad cristiana no es debilidad.

Jesús era humilde y al mismo tiempo tenía autoridad.

Era manso y al mismo tiempo confrontaba el error.

Era servidor y al mismo tiempo Señor.

La humildad no significa negar la verdad.

Significa no vivir para la exaltación personal.

20. Jesús lavó los pies de sus discípulos

Juan 13 nos lleva a una de las escenas más profundas de los Evangelios.

Jesús sabía quién era.

Juan dice que sabía que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos.

Sabía de dónde había venido.

Sabía adónde iba.

Entonces:

“Se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó”.

Juan 13:4.

Después comenzó a lavar los pies de sus discípulos.

Observe la relación.

Jesús sabía quién era.

Por eso podía servir.

La inseguridad busca posiciones.

La identidad segura puede tomar una toalla.

21. Entre los pies que lavó estaban los de Judas

Esto es difícil.

Jesús sabía quién lo traicionaría.

Y, sin embargo, en aquella cena, sirvió.

No significa que aprobaba la traición.

No significa que ignoraba la verdad.

Significa que el carácter de Jesús no era controlado por la maldad de los demás.

Nosotros muchas veces tratamos bien a quienes nos tratan bien.

Jesús enseñó:

“Amad a vuestros enemigos”.

Mateo 5:44.

Y vivió lo que enseñó.

22. Jesús no solamente enseñó amor: amó

Es fácil predicar sobre el amor.

Es más difícil amar a personas difíciles.

Jesús amó.

Amó a Pedro sabiendo que lo negaría.

Amó a Tomás en sus dudas.

Amó a discípulos lentos para comprender.

Amó a personas que lo interrumpían.

Amó a los enfermos.

Amó a los rechazados.

Y en la cruz oró:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Lucas 23:34.

La vida de Cristo fue coherente con sus palabras.

23. Jesús conoció la indignación justa

No debemos imaginar a Jesús como alguien indiferente ante el mal.

Cuando encontró el templo convertido en lugar de comercio corrupto, actuó con firmeza.

Juan 2.

Cuando vio la dureza del corazón de algunos, Marcos dice que los miró:

“Con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones”.

Marcos 3:5.

Observe la combinación.

Enojo.

Y tristeza.

La indignación de Jesús no era un ataque de orgullo herido.

Era una respuesta santa ante el pecado y la dureza humana.

24. Jesús administraba su tiempo según la misión

Las necesidades eran infinitas.

Había enfermos en todas partes.

Personas necesitadas.

Ciudades que visitar.

Sin embargo, Jesús no permitió que la urgencia de todos destruyera la dirección del Padre.

Cuando Pedro le dijo:

“Todos te buscan”.

Marcos 1:37.

Jesús respondió:

“Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido”.

Marcos 1:38.

Jesús sabía decir sí.

Y sabía cuándo debía seguir adelante.

Una vida con propósito necesita discernimiento.

25. Jesús formó personas, no solamente multitudes

Jesús predicó a miles.

Pero dedicó tiempo especial a doce.

Y dentro de los doce, hubo momentos particulares con Pedro, Jacobo y Juan.

Esto nos enseña un principio de multiplicación.

La multitud escucha.

Pero el discípulo necesita formación.

Jesús explicó parábolas a sus discípulos.

Respondió sus preguntas.

Corrigió sus ambiciones.

Los envió a practicar.

Los recibió de regreso.

Los preparó para continuar la misión.

El ministerio de Jesús no dependía solamente de eventos.

Incluía procesos de formación.

26. Los discípulos no eran fáciles de formar

A veces idealizamos a los doce.

Pero los Evangelios son muy sinceros.

Discutían sobre quién sería el mayor.

No comprendían muchas enseñanzas.

Dormían cuando debían orar.

Pedro hablaba impulsivamente.

Tomás dudaba.

Jacobo y Juan querían posiciones especiales.

En una ocasión quisieron hacer descender fuego sobre una aldea samaritana.

Y Jesús tuvo que corregirlos.

Formar personas requiere paciencia.

Jesús no abandonó el proceso porque sus discípulos fueran imperfectos.

27. Jesús corrigió a quienes amaba

El amor de Jesús no era permisividad.

Cuando Pedro intentó apartarlo del camino de la cruz, Jesús lo corrigió con gran firmeza.

Mateo 16.

Cuando los discípulos discutieron sobre grandeza, Jesús les enseñó acerca del servicio.

Cuando no comprendían, les explicaba.

Cuando actuaban incorrectamente, los confrontaba.

Un discipulado que nunca corrige no sigue completamente el modelo de Jesús.

Pero una corrección sin amor tampoco.

Jesús corrigió para formar.

No para destruir.

28. Jesús vivió sin pecado en un mundo pecaminoso

Piense en esto.

Jesús vivió rodeado de pecado.

Vio injusticia.

Corrupción.

Violencia.

Hipocresía religiosa.

Inmoralidad.

Abuso de poder.

Traición.

Y nunca pecó.

Pedro escribió:

“El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca”.

1 Pedro 2:22.

Juan dijo:

“No hay pecado en él”.

1 Juan 3:5.

Pablo escribió:

“Al que no conoció pecado”.

2 Corintios 5:21.

La ausencia de pecado en Cristo es un testimonio unánime del Nuevo Testamento.

29. Incluso sus enemigos tuvieron dificultad para acusarlo

Jesús preguntó:

“¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?”

Juan 8:46.

Durante su juicio buscaron testigos contra Él.

Marcos dice:

“Muchos decían falso testimonio contra él, mas sus testimonios no concordaban”.

Marcos 14:56.

Pilato declaró:

“Ningún delito hallo en este hombre”.

Lucas 23:4.

El ladrón en la cruz dijo:

“Éste ningún mal hizo”.

Lucas 23:41.

Y el centurión, después de verlo morir, reconoció:

“Verdaderamente este hombre era justo”.

Lucas 23:47.

La vida de Cristo permaneció sin pecado hasta el final.

30. Getsemaní revela la profundidad de su obediencia

Llegamos al jardín.

La cruz está cerca.

Jesús sabe lo que viene.

Dice:

“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa”.

Mateo 26:39.

Aquí vemos la realidad de su humanidad.

No estaba caminando hacia el sufrimiento como alguien incapaz de sentir.

Sabía lo que enfrentaría.

Pero añadió:

“Pero no sea como yo quiero, sino como tú”.

Aquí vemos la obediencia perfecta.

No fue una obediencia fácil.

Fue una obediencia costosa.

La verdadera obediencia se demuestra cuando hacer la voluntad de Dios tiene un precio.

31. Jesús obedeció donde nosotros desobedecemos

Nosotros hemos mentido.

Él nunca mintió.

Nosotros hemos actuado con egoísmo.

Él sirvió.

Nosotros hemos buscado reconocimiento.

Él se humilló.

Nosotros hemos cedido ante la tentación.

Él permaneció firme.

Nosotros hemos fallado en amar.

Él amó perfectamente.

Nosotros hemos resistido la voluntad de Dios.

Él dijo:

“No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Lucas 22:42.

Cristo es el hombre perfecto.

32. Su vida perfecta era necesaria para nuestra salvación

Jesús no podía ser un sacrificio perfecto si Él mismo fuera pecador.

Pero no tenía pecado.

Pedro escribió:

“Como de un cordero sin mancha y sin contaminación”.

1 Pedro 1:19.

Cristo no murió por sus propios pecados.

No tenía ninguno.

Murió por los nuestros.

El inocente por los culpables.

El justo por los injustos.

Por eso Pedro escribió:

“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”.

1 Pedro 3:18.

33. Jesús no es solamente nuestro ejemplo

Debemos tener cuidado aquí.

La vida de Jesús es nuestro modelo.

Sí.

Debemos aprender su humildad.

Su oración.

Su compasión.

Su obediencia.

Su servicio.

Pero Jesús no vino solamente para darnos un ejemplo.

Si solamente necesitáramos un ejemplo, nuestro problema no sería tan grave.

Necesitamos un Salvador.

Una persona que se está ahogando no necesita solamente que alguien desde la orilla le muestre cómo nadar.

Necesita ser rescatada.

Cristo vino a rescatarnos.

Primero es nuestro Salvador.

Y porque nos salva, también nos llama a seguir sus pasos.

34. No podemos imitar a Jesús sin depender de Jesús

Aquí está otro peligro.

Leemos los Evangelios y decimos:

“Voy a ser como Jesús”.

Pero intentamos hacerlo solamente con fuerza humana.

No podemos producir el carácter de Cristo por simple disciplina exterior.

Necesitamos la obra del Espíritu Santo.

Pablo escribió:

“Somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

2 Corintios 3:18.

El Espíritu forma a Cristo en nosotros.

Nosotros obedecemos.

Nos rendimos.

Practicamos disciplinas espirituales.

Pero dependemos de la gracia y del poder de Dios.

35. La Iglesia necesita parecerse más a Cristo

Podemos tener edificios impresionantes.

Tecnología avanzada.

Grandes plataformas.

Muchos libros.

Institutos.

Seminarios.

Congresos.

Redes internacionales.

Pero debemos hacernos una pregunta:

¿Nos estamos pareciendo más a Cristo?

Porque podemos crecer en tamaño y disminuir en carácter.

Podemos aumentar conocimiento y perder humildad.

Podemos hablar de poder y olvidar la compasión.

Podemos defender la verdad y tratar mal a las personas.

La formación cristiana tiene una meta.

Pablo la expresó así:

“Hasta que Cristo sea formado en vosotros”.

Gálatas 4:19.

36. El carácter sostiene lo que el don puede abrir

Una persona puede tener un gran don.

Puede predicar.

Enseñar.

Cantar.

Liderar.

Escribir.

Organizar.

Pero el don puede abrir una puerta que el carácter no está preparado para sostener.

Jesús dedicó años a formar el carácter de sus discípulos.

La Iglesia necesita hacer lo mismo.

No debemos acelerar a las personas hacia posiciones para las que todavía no están preparadas.

El talento puede impresionar.

El carácter sostiene.

37. El verdadero liderazgo cristiano tiene una toalla

Jesús dijo:

“El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor”.

Marcos 10:43.

El modelo de liderazgo de Cristo contradice la obsesión humana por los títulos.

En el Reino, autoridad no significa privilegio para dominar.

Significa responsabilidad para servir.

Cuanto mayor sea la influencia, mayor debe ser la humildad.

Cuanto mayor sea la autoridad, mayor debe ser la responsabilidad.

Cuanto más visible sea el ministerio, más profunda debe ser la vida secreta con Dios.

Jesús es el modelo.

38. La obediencia en lo pequeño prepara para lo grande

Treinta años de la vida de Jesús transcurrieron antes de su ministerio público.

Pensemos en eso.

La mayor parte de su vida terrenal no ocurrió delante de multitudes.

Nazaret.

Familia.

Trabajo.

Vida cotidiana.

Después vino el ministerio público.

Nuestra generación quiere comenzar en la plataforma.

Dios muchas veces comienza en lo oculto.

Antes de confiar responsabilidades visibles, forma carácter en lugares donde nadie aplaude.

No desprecie Nazaret.

39. La vida secreta importa

Jesús enseñó:

“Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”.

Mateo 6:6.

La vida pública nunca debe ser mayor que la vida secreta.

¿Qué somos cuando nadie nos ve?

¿Cómo tratamos a nuestra familia?

¿Qué pensamos?

¿Qué miramos?

¿Cómo manejamos el dinero?

¿Cómo reaccionamos cuando somos corregidos?

¿Cómo actuamos cuando no recibimos reconocimiento?

El carácter se revela lejos de la plataforma.

Jesús fue el mismo delante de multitudes y en privado.

40. Seguir a Cristo significa aprender de Él

Jesús dijo:

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí”.

Mateo 11:29.

El discipulado es aprendizaje de una persona.

Aprendemos de Cristo.

Cómo amar.

Cómo servir.

Cómo obedecer.

Cómo orar.

Cómo enfrentar la tentación.

Cómo tratar al débil.

Cómo confrontar el error.

Cómo manejar la popularidad.

Cómo enfrentar el rechazo.

Cómo terminar la misión.

No somos llamados solamente a creer cosas acerca de Jesús.

Somos llamados a seguirlo.

REFLEXIÓN FINAL

Jesucristo es el hombre perfecto.

Vivió una vida de obediencia completa al Padre.

Oró.

Sirvió.

Amó.

Perdonó.

Confrontó.

Enseñó.

Lloró.

Se compadeció.

Formó discípulos.

Resistió la tentación.

Nunca pecó.

Nunca utilizó a las personas.

Nunca buscó construir un reino personal.

Nunca permitió que la popularidad controlara su misión.

Nunca permitió que el rechazo cambiara su identidad.

Y cuando llegó el momento más difícil, dijo:

“No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Lucas 22:42.

La vida de Jesús nos confronta.

Pero también nos da esperanza.

Porque Él no vino solamente a mostrarnos cómo vivir.

Vino a salvarnos.

El hombre perfecto caminó hacia la cruz para ocupar el lugar de hombres y mujeres imperfectos.

El justo moriría por los injustos.

El obediente cargaría con el pecado de los desobedientes.

El inocente ocuparía el lugar de los culpables.

Y allí, en la cruz, comprenderíamos hasta dónde llegó su obediencia.

Oremos:

Señor Jesús, cuando contemplo tu vida descubro cuánto necesito ser transformado.
Tú obedeciste donde yo he desobedecido.
Tú amaste donde yo he sido egoísta.
Tú serviste donde yo he buscado reconocimiento.
Tú oraste donde yo he confiado en mis propias fuerzas.
Tú permaneciste firme donde yo he cedido.
Perdóname y transfórmame.
No permitas que me conforme con conocer doctrina sin parecerme cada día más a ti.
Forma tu carácter en mí por medio del Espíritu Santo.
Enséñame a servir sin buscar aplausos, a amar sin manipular, a hablar la verdad con gracia y a obedecer al Padre aun cuando la obediencia tenga un costo.
Que mi vida secreta y mi vida pública te pertenezcan.
Y que al final de mi carrera pueda haber cumplido la obra que me has encomendado.
En tu nombre, Jesús. Amén.

La vida de Jesús fue perfecta.

Sus palabras tenían autoridad.

Sus obras revelaban el Reino.

Los enfermos eran sanados.

Los demonios retrocedían.

La naturaleza obedecía.

Los pecadores recibían perdón.

Y los muertos volvían a la vida.

Pero cada señal apuntaba hacia una pregunta mayor:

¿Quién es este?

CAPÍTULO 6

LAS PALABRAS, LAS SEÑALES Y LA AUTORIDAD DE JESUCRISTO

Cuando la voz de Jesús no sonaba como las demás

La gente escuchaba muchos maestros.

Había escribas.

Había fariseos.

Había intérpretes de la Ley.

Había líderes religiosos acostumbrados a explicar, discutir y enseñar.

Pero cuando Jesús hablaba, algo era diferente.

Mateo dice:

“La gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”.

Mateo 7:28-29.

Jesús no repetía simplemente opiniones humanas.

No enseñaba como alguien inseguro.

No hablaba para impresionar.

Hablaba con autoridad.

Sus palabras confrontaban.

Sanaban.

Revelaban.

Llamaban al arrepentimiento.

Perdonaban pecadores.

Ordenaban a los demonios salir.

Calmaban tormentas.

Levantaban muertos.

Y detrás de cada palabra aparecía la misma pregunta:

¿Quién es este?

1. Sus palabras tenían autoridad

Jesús no decía: “Tal vez Dios quiera decir esto”.

Él hablaba con autoridad directa.

En el Sermón del Monte repitió varias veces:

“Oísteis que fue dicho... pero yo os digo”.

Mateo 5.

No estaba contradiciendo la Ley de Dios.

Estaba revelando su profundidad verdadera.

Iba al corazón.

No solamente al acto externo.

No solamente homicidio, sino ira.

No solamente adulterio externo, sino deseo contaminado.

No solamente religión visible, sino intención secreta.

Jesús hablaba como el Rey del Reino.

2. Sus palabras revelaban el corazón

Jesús no se conformaba con apariencias.

Dijo:

“Porque de la abundancia del corazón habla la boca”.

Mateo 12:34.

También enseñó:

“Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias”.

Mateo 15:19.

Jesús no trataba el pecado superficialmente.

Iba a la raíz.

El problema humano no es solamente falta de educación.

Es un corazón necesitado de redención.

3. Sus palabras daban vida

Cuando muchos abandonaron a Jesús, Él preguntó a los doce si también querían irse.

Pedro respondió:

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.

Juan 6:68.

No palabras de motivación pasajera.

No frases bonitas.

Palabras de vida eterna.

La Iglesia no debe cambiar las palabras de Cristo por discursos vacíos.

El mundo necesita escuchar la voz del Salvador.

4. Sus señales confirmaban su identidad

Jesús sanó enfermos.

Limpió leprosos.

Abrió ojos de ciegos.

Hizo caminar paralíticos.

Multiplicó panes.

Calmó tormentas.

Expulsó demonios.

Resucitó muertos.

Pero sus milagros no eran espectáculo.

Eran señales.

Apuntaban a quién era Él.

Juan escribió:

“Estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”.

Juan 20:31.

5. Jesús tenía autoridad sobre la enfermedad

Un leproso dijo:

“Señor, si quieres, puedes limpiarme”.

Mateo 8:2.

Jesús respondió:

“Quiero; sé limpio”.

Mateo 8:3.

Y fue limpio.

No hubo lucha.

No hubo demora.

La enfermedad obedeció la voz de Cristo.

Esto revela su poder y también su compasión.

6. Jesús tenía autoridad sobre los demonios

En los Evangelios, los espíritus malignos reconocen la autoridad de Jesús.

Él no negociaba con demonios.

No dependía de fórmulas largas.

Ordenaba.

Y ellos salían.

Marcos relata que la gente se asombraba diciendo:

“Manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen”.

Marcos 1:27.

La guerra espiritual bíblica comienza reconociendo que la autoridad pertenece a Cristo.

7. Jesús tenía autoridad sobre la naturaleza

En la barca, reprendió al viento y al mar.

“Calla, enmudece”.

Marcos 4:39.

Y hubo gran bonanza.

Los discípulos preguntaron:

“¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?”

Marcos 4:41.

La creación reconoce la voz de su Creador.

8. Jesús tenía autoridad sobre el pecado

Cuando dijo al paralítico:

“Tus pecados te son perdonados”.

Marcos 2:5.

Los escribas entendieron el problema:

“¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Marcos 2:7.

Jesús sanó al paralítico para demostrar que tenía autoridad para perdonar pecados.

Esto es central.

Jesús no vino solamente a mejorar circunstancias.

Vino a perdonar pecadores.

9. Jesús tenía autoridad sobre la muerte

Frente a la tumba de Lázaro, Jesús clamó:

“¡Lázaro, ven fuera!”

Juan 11:43.

Y el muerto salió.

Cristo no solamente consuela ante la muerte.

Tiene autoridad sobre ella.

Luego Él mismo resucitaría, mostrando que la muerte no podía retener al Autor de la vida.

10. Sus obras exigían una respuesta

Las señales de Jesús no fueron dadas para entretener curiosos.

Exigían fe.

Arrepentimiento.

Reconocimiento.

Pero muchos vieron milagros y aun así endurecieron el corazón.

Esto nos enseña algo serio:

Una persona puede presenciar manifestaciones poderosas y seguir sin rendirse a Cristo.

La fe verdadera no busca solamente milagros.

Busca al Señor de los milagros.

REFLEXIÓN FINAL

Las palabras de Jesús tenían autoridad.

Sus señales revelaban su identidad.

La enfermedad obedecía.

Los demonios retrocedían.

La naturaleza se calmaba.

Los pecados eran perdonados.

Los muertos escuchaban su voz.

Todo apuntaba a una verdad:

Jesucristo es Señor.

No basta admirar sus milagros.

Debemos rendirnos a su autoridad.

Oremos:

Señor Jesús, tus palabras son vida.
Tu autoridad es perfecta.
Perdóname por escuchar tu voz y no obedecerte.
Enséñame a confiar en ti, no solo por lo que puedes hacer, sino por quien eres.
Que tu Palabra gobierne mi vida y que tus obras me lleven a adorarte como Señor.
Amén.

CAPÍTULO 7

LA CRUZ

El lugar donde el amor, la justicia y la victoria se encontraron

La cruz no fue un accidente.

No fue simplemente una tragedia romana.

No fue solamente el resultado de líderes religiosos celosos.

No fue una derrota inesperada.

Jesús sabía hacia dónde caminaba.

Desde antes había dicho:

“El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; mas al tercer día resucitará”.

Mateo 17:22-23.

La cruz estaba en el centro de su misión.

Cristo no vino solamente a enseñar.

Vino a salvar.

Y para salvar, debía entregar su vida.

1. Jesús fue a la cruz voluntariamente

Jesús dijo:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo”.

Juan 10:18.

Nadie le arrebató la vida como si Él no tuviera autoridad.

Él se entregó.

La cruz no fue debilidad.

Fue obediencia.

Fue amor.

Fue misión cumplida.

2. La cruz revela la gravedad del pecado

Si el pecado fuera pequeño, la cruz no habría sido necesaria.

Cristo no murió por errores insignificantes.

Murió por nuestros pecados.

Pedro escribió:

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”.

1 Pedro 2:24.

La cruz nos dice la verdad:

el pecado mata, separa, esclaviza y necesita juicio.

3. La cruz revela el amor de Dios

Pablo escribió:

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

Romanos 5:8.

Dios no esperó que estuviéramos limpios para amarnos.

Cristo murió por pecadores.

La cruz destruye la mentira que dice:

“Soy demasiado malo para ser amado”.

En Cristo hay gracia para el arrepentido.

4. La cruz revela la justicia de Dios

Dios no perdona fingiendo que el pecado no importa.

En la cruz, el pecado fue tratado seriamente.

Pablo dice que Dios mostró su justicia:

“A fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”.

Romanos 3:26.

Dios es justo.

Y justifica al pecador que cree en Cristo.

5. La cruz fue sustitución

Cristo ocupó nuestro lugar.

El justo murió por los injustos.

Pedro escribió:

“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”.

1 Pedro 3:18.

Él llevó lo que nosotros merecíamos.

Para darnos lo que no merecíamos.

6. La cruz fue victoria

En apariencia, la cruz parecía derrota.

Los enemigos celebraban.

Los discípulos estaban confundidos.

Pero Dios estaba venciendo.

Pablo escribió que Cristo despojó a principados y potestades:

“Triunfando sobre ellos en la cruz”.

Colosenses 2:15.

La cruz fue el campo de batalla donde Cristo venció.

7. La cruz rompe la acusación

El enemigo acusa.

Señala pecados.

Recuerda fracasos.

Pero la cruz declara que la deuda fue pagada.

Pablo escribió:

“Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros”.

Colosenses 2:14.

El creyente no vence al acusador por su perfección.

Vence por la sangre del Cordero.

8. La cruz destruye el orgullo humano

Nadie puede pararse delante de la cruz y presumir.

No nos salvamos por mérito.

No por obras.

No por religión.

No por títulos.

No por ministerio.

Somos salvos por gracia.

Pablo dijo:

“Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”.

Gálatas 6:14.

La cruz deja fuera la jactancia.

9. La cruz nos llama a morir al yo

Jesús dijo:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”.

Mateo 16:24.

Seguir a Cristo no es usarlo para fortalecer nuestro ego.

Es rendir la vida.

Morir al orgullo.

Morir al pecado.

Morir a la ambición carnal.

Y vivir para Él.

10. La cruz es el mensaje central

Pablo escribió:

“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado”.

1 Corintios 2:2.

La Iglesia puede tener muchos programas.

Muchos recursos.

Muchos libros.

Muchas estrategias.

Pero nunca debe perder el centro:

Cristo crucificado.

REFLEXIÓN FINAL

En la cruz vemos el pecado juzgado.

El amor revelado.

La justicia satisfecha.

La deuda cancelada.

El enemigo derrotado.

El pecador reconciliado.

Y Cristo glorificado.

No hay evangelio sin cruz.

No hay perdón sin sangre.

No hay reconciliación sin sacrificio.

No hay victoria sin el Cordero.

Oremos:

Señor Jesús, gracias por la cruz.
Gracias porque fuiste voluntariamente a ocupar mi lugar.
Perdóname por tratar el pecado con ligereza.
Llévame a vivir agradecido, rendido y crucificado contigo.
Que mi gloria no esté en mí, sino en tu cruz.
Amén.

CAPÍTULO 8

LA RESURRECCIÓN

Cuando la muerte fue derrotada

El sábado debió ser uno de los días más largos en la vida de los discípulos.

Jesús había muerto.

Ellos lo habían visto.

Algunos habían observado la crucifixión desde lejos.

Juan había estado cerca de la cruz.

Las mujeres habían visto dónde colocaron el cuerpo.

José de Arimatea había pedido el cuerpo a Pilato.

Lo habían envuelto.

Lo habían colocado en una tumba.

Una gran piedra había sido puesta en la entrada.

Todo parecía terminado.

Tres años caminando con Jesús.

Tres años escuchándolo.

Tres años viendo milagros.

Tres años creyendo que Él era el Mesías.

Y ahora estaba muerto.

Pedro había negado conocerlo.

Judas lo había traicionado.

Los discípulos se habían dispersado.

El miedo había entrado en la habitación.

Las puertas estaban cerradas.

Los enemigos parecían haber ganado.

Roma seguía gobernando.

Los líderes religiosos continuaban en sus posiciones.

Y Jesús estaba en una tumba.

O por lo menos eso pensaban ellos.

Porque mientras los discípulos lloraban, Dios estaba a punto de revelar que la historia no había terminado.

La madrugada del primer día de la semana cambiaría para siempre la historia de la humanidad.

1. Las mujeres fueron a buscar un cuerpo

Muy temprano, algunas mujeres caminaron hacia la tumba.

No iban esperando encontrar a Jesús vivo.

Llevaban especias aromáticas.

Marcos dice que se preguntaban:

“¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?”

Marcos 16:3.

Esa pregunta revela sus expectativas.

Esperaban una tumba cerrada.

Esperaban un cuerpo.

Esperaban muerte.

Pero cuando llegaron, la piedra había sido removida.

Y recibieron una noticia que transformaría la historia:

“No está aquí, pues ha resucitado, como dijo”.

Mateo 28:6.

Ha resucitado.

Dos palabras capaces de cambiarlo todo.

2. La tumba estaba vacía

El cristianismo no comenzó con discípulos diciendo:

“Jesús continúa vivo en nuestros recuerdos”.

No dijeron:

“Su mensaje sigue con nosotros”.

No dijeron:

“Su espíritu de amor continúa inspirándonos”.

Proclamaron algo concreto.

La tumba está vacía.

Jesucristo ha resucitado corporalmente de entre los muertos.

El cuerpo que fue crucificado ya no estaba en la tumba.

El mismo Jesús que había muerto ahora vivía.

Lucas relata que Jesús dijo a sus discípulos:

“Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved”.

Lucas 24:39.

No era una idea.

No era un símbolo.

No era una visión colectiva.

Cristo había resucitado.

3. Los primeros testigos no esperaban la resurrección

Hay algo importante en los relatos de los Evangelios.

Los discípulos no aparecen como personas esperando confiadamente la resurrección.

Aparecen confundidos.

Temerosos.

Incrédulos.

Cuando las mujeres llevaron la noticia, Lucas dice:

“Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían”.

Lucas 24:11.

Esto es sorprendente.

Jesús les había hablado de su resurrección.

Pero cuando ocurrió, les costó creer.

Tomás incluso dijo:

“Si no viere en sus manos la señal de los clavos... no creeré”.

Juan 20:25.

Los discípulos no inventaron fácilmente una historia que ya deseaban creer.

Tuvieron que ser confrontados por el Cristo resucitado.

4. Jesús se apareció a sus discípulos

La resurrección fue seguida por apariciones.

Jesús se apareció a María Magdalena.

A las mujeres.

A Pedro.

A los discípulos en el camino a Emaús.

A los apóstoles reunidos.

A Tomás.

A grupos de discípulos.

Pablo escribió:

“Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez”.

1 Corintios 15:6.

La proclamación apostólica nació del encuentro con el Cristo vivo.

Pedro, que había negado a Jesús por miedo, después se levantó públicamente y anunció:

“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos”.

Hechos 2:32.

¿Qué transformó a Pedro?

Había visto al Señor resucitado.

5. La resurrección confirma quién es Jesús

Pablo escribió que Jesucristo:

“Fue declarado Hijo de Dios con poder... por la resurrección de entre los muertos”.

Romanos 1:4.

La resurrección no convirtió a Jesús en Hijo de Dios.

Él ya era el Hijo eterno.

Pero la resurrección fue una poderosa vindicación pública de su identidad y de su misión.

Los hombres lo rechazaron.

Dios lo levantó.

Los hombres lo condenaron.

Dios vindicó al Justo.

La piedra que los edificadores rechazaron vino a ser cabeza del ángulo.

6. La resurrección confirma que la cruz fue suficiente

Imagine que Cristo hubiera muerto y permanecido en la tumba.

¿Qué seguridad tendríamos de victoria?

Pero la resurrección declara que la obra de Cristo fue aceptada.

La muerte no pudo retenerlo.

Pedro proclamó:

“Al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella”.

Hechos 2:24.

Era imposible que la muerte lo retuviera.

La cruz no terminó en derrota.

El Cordero sacrificado es también el Señor resucitado.

7. Sin resurrección no hay cristianismo

Pablo fue absolutamente claro:

“Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe”.

1 Corintios 15:14.

No dijo:

“Si Cristo no resucitó, todavía tenemos sus hermosas enseñanzas”.

No.

Dijo que la predicación sería vana.

La fe sería vana.

Y añadió:

“Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados”.

1 Corintios 15:17.

La resurrección no es un detalle secundario.

Es parte esencial del evangelio.

8. El evangelio anuncia a un Cristo vivo

A veces hablamos de Jesús como si solamente perteneciera al pasado.

Jesús nació.

Jesús enseñó.

Jesús sanó.

Jesús murió.

Todo eso es verdad.

Pero falta algo fundamental.

Jesús vive.

Apocalipsis presenta a Cristo diciendo:

“Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos”.

Apocalipsis 1:17-18.

El cristianismo no es solamente seguimiento de las enseñanzas de un fundador muerto.

Es relación con el Señor resucitado.

9. La muerte encontró a alguien que no podía retener

Desde Adán, generación tras generación había terminado de la misma manera.

Las personas nacían.

Vivían.

Y morían.

Reyes murieron.

Profetas murieron.

Guerreros murieron.

Sabios murieron.

Ricos y pobres.

Conocidos y desconocidos.

Todos descendían a la muerte.

Entonces llegó Jesús.

La muerte lo recibió.

Pero no pudo retenerlo.

Cristo entró en la muerte y salió victorioso.

Pablo escribió:

“Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él”.

Romanos 6:9.

La muerte perdió su dominio sobre Él para siempre.

10. Cristo es las primicias

Pablo llamó a Cristo:

“Primicias de los que durmieron”.

1 Corintios 15:20.

La palabra “primicias” habla del primer fruto de una cosecha que anuncia lo que viene después.

La resurrección de Cristo no es un acontecimiento aislado sin relación con nosotros.

Es el comienzo de la gran cosecha futura.

Porque Cristo resucitó, los que están en Él también resucitarán.

Pablo continúa:

“Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”.

1 Corintios 15:22.

Nuestra esperanza no es solamente que el alma continúe existiendo.

La esperanza cristiana incluye la resurrección.

11. El cuerpo importa para Dios

La resurrección corporal de Jesús nos enseña algo importante.

Dios no desprecia su creación.

El cuerpo no es una prisión malvada de la cual debemos escapar eternamente.

El pecado afectó toda nuestra existencia.

Y la redención de Dios alcanza toda nuestra persona.

Cristo resucitó corporalmente.

Un cuerpo glorificado.

Real.

Transformado.

Pablo enseña que nuestra resurrección futura también será una transformación gloriosa.

“Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción”.

1 Corintios 15:42.

12. La resurrección cambia nuestra manera de enfrentar la muerte

Los cristianos lloramos.

Jesús lloró ante la tumba de Lázaro.

La muerte duele.

La separación duele.

No necesitamos fingir que no sentimos.

Pero Pablo dijo:

“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza”.

1 Tesalonicenses 4:13.

Observe.

No dice:

“No se entristezcan”.

Dice:

No se entristezcan **como quienes no tienen esperanza**.

Hay lágrimas.

Pero también hay esperanza.

Porque Cristo resucitó.

13. Jesús transformó el funeral de Lázaro

Cuando Jesús llegó a Betania, Marta salió a recibirlo.

Su hermano había muerto.

Jesús le dijo:

“Tu hermano resucitará”.

Juan 11:23.

Marta respondió correctamente desde la doctrina:

“Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”.

Juan 11:24.

Entonces Jesús dijo algo extraordinario:

“Yo soy la resurrección y la vida”.

Juan 11:25.

No dijo solamente:

“Yo enseño acerca de la resurrección”.

Dijo:

Yo soy.

La esperanza de resurrección está centrada en una persona.

Jesucristo.

14. La resurrección transformó a los discípulos

Antes de encontrarse con el Cristo resucitado, los discípulos estaban escondidos.

Juan dice:

“Estando las puertas cerradas... por miedo de los judíos”.

Juan 20:19.

Después los encontramos predicando públicamente.

¿Qué ocurrió?

Habían visto a Cristo vivo.

Pedro, que tuvo miedo de una criada, se levantó delante de multitudes.

Los apóstoles enfrentaron amenazas.

Prisiones.

Golpes.

Persecución.

Y continuaron predicando.

No porque de repente se convirtieran en hombres naturalmente valientes.

Su convicción había cambiado.

Sabían que Cristo vive.

15. La resurrección y el poder para una vida nueva

Pablo conecta la resurrección de Cristo con nuestra vida presente.

Escribió:

“Como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.

Romanos 6:4.

La resurrección no es solamente una esperanza para después de morir.

Tiene consecuencias ahora.

En Cristo hemos sido llamados a una vida nueva.

El creyente no debe decir:

“Yo siempre he sido así y nunca cambiaré”.

El evangelio anuncia poder transformador.

No perfección instantánea.

Pero sí una nueva vida que comienza y debe crecer.

16. El poder que levantó a Cristo opera en los creyentes

Pablo oró para que los creyentes conocieran:

“La supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos”.

Efesios 1:19.

¿Y cómo describe ese poder?

“La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos”.

Efesios 1:20.

Esto no significa que podemos usar el poder de Dios para satisfacer cualquier deseo personal.

Significa que la vida cristiana no depende solamente de fuerza de voluntad humana.

Dios obra en nosotros.

El Espíritu que levantó a Jesús de los muertos habita en los creyentes.

Romanos 8:11.

17. La resurrección destruye el fatalismo

Hay personas que viven pensando:

“Nada puede cambiar”.

“Mi familia siempre será igual”.

“Mi vida nunca será diferente”.

“Mi pasado me definirá para siempre”.

La resurrección confronta el fatalismo.

La tumba decía:

“Terminó”.

Dios dijo:

“No”.

La piedra decía:

“Está cerrado”.

Dios la removió.

Los discípulos pensaban:

“Perdimos”.

Cristo apareció vivo.

Esto no significa que Dios hará exactamente lo que nosotros deseamos en cada circunstancia.

Significa que ninguna situación está fuera de su soberanía.

Nuestra esperanza no depende de las apariencias.

18. Las cicatrices permanecieron

Cuando Jesús apareció a Tomás, le dijo:

“Pon aquí tu dedo, y mira mis manos”.

Juan 20:27.

El Cristo resucitado mostraba las señales de la crucifixión.

Esto es profundamente significativo.

La resurrección no negó lo ocurrido en la cruz.

Lo transformó en testimonio de victoria.

Las heridas que parecían evidencia de derrota ahora eran testimonio del amor redentor.

Tomás respondió:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28.

Las cicatrices llevaron a la adoración.

19. Tomás y nuestras dudas

Tomás muchas veces es recordado solamente como el discípulo que dudó.

Pero debemos observar cómo Jesús trató con él.

No lo destruyó.

No dijo:

“Ya no sirves para nada”.

Se acercó.

Le mostró evidencia.

Lo llamó a creer.

Jesús dijo:

“No seas incrédulo, sino creyente”.

Juan 20:27.

Hay personas que tienen preguntas sinceras.

La Iglesia debe aprender a acompañarlas con verdad.

No todas las dudas nacen de rebeldía.

Algunas nacen de dolor.

Confusión.

Falta de enseñanza.

Necesitamos verdad, paciencia y claridad.

20. La resurrección produjo misión

Cuando Jesús resucitado se encontró con sus discípulos, no los llamó a quedarse contemplando la tumba vacía para siempre.

Los envió.

Mateo registra:

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones”.

Mateo 28:19.

La resurrección produce misión.

El Rey vive.

Por eso vamos.

El evangelio es verdadero.

Por eso predicamos.

Cristo tiene toda autoridad.

Por eso no dependemos solamente de nuestros recursos.

Y prometió:

“Yo estoy con vosotros todos los días”.

Mateo 28:20.

21. No anunciamos una filosofía

Los primeros cristianos no salieron por el mundo diciendo:

“Tenemos una nueva filosofía interesante”.

Predicaban un acontecimiento.

Jesús murió.

Jesús fue sepultado.

Jesús resucitó.

Jesús es Señor.

Pedro proclamó:

“A este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”.

Hechos 2:36.

La predicación apostólica estaba llena de la resurrección.

Porque sin ella, no hay evangelio cristiano.

22. Pablo encontró al Cristo vivo

Saulo de Tarso no fue convencido simplemente por una discusión académica.

Iba camino a Damasco persiguiendo a los cristianos.

Entonces ocurrió el encuentro.

Una luz.

Una voz.

“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”

Hechos 9:4.

Saulo preguntó:

“¿Quién eres, Señor?”

La respuesta:

“Yo soy Jesús, a quien tú persigues”.

Hechos 9:5.

El perseguidor descubrió que Jesús estaba vivo.

Y su vida cambió.

El hombre que quería destruir la Iglesia terminó anunciando a Cristo entre las naciones.

23. El Cristo resucitado restaura a los que han fallado

Después de negar a Jesús, Pedro probablemente cargaba una profunda vergüenza.

Había prometido fidelidad.

Había dicho que estaba dispuesto a morir.

Pero negó conocer al Señor.

Tres veces.

Después de la resurrección, Jesús fue a buscarlo.

Juan 21 nos muestra una conversación junto al mar.

“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?”

Juan 21:16.

Jesús no ignoró la caída.

Pero tampoco terminó la historia de Pedro en su fracaso.

Lo restauró.

Y le dio responsabilidad.

“Apacienta mis ovejas”.

El Cristo resucitado todavía restaura personas arrepentidas.

24. El fracaso no tiene que ser el capítulo final

Tal vez alguien que lee estas páginas ha fallado.

Falló como creyente.

Como líder.

Como esposo.

Como padre.

Como madre.

Como ministro.

El pecado debe ser confesado.

Las consecuencias deben enfrentarse responsablemente.

La restauración no significa ocultar el mal.

Pero el evangelio anuncia que el fracaso no tiene que ser la última palabra.

Pedro cayó.

Lloró amargamente.

Fue restaurado.

Y continuó sirviendo.

La gracia de Cristo no convierte el pecado en algo pequeño.

Pero es más grande que el pasado del pecador arrepentido.

25. La resurrección nos da valor para la misión

Si Cristo estuviera muerto, la misión sería absurda.

Pero Cristo vive.

Por eso la Iglesia puede entrar en lugares difíciles.

Puede cruzar fronteras.

Aprender idiomas.

Traducir materiales.

Abrir centros de formación.

Servir en hospitales.

Entrar en prisiones.

Formar capellanes.

Predicar en calles.

Usar medios digitales.

Escribir libros.

Discipular familias.

Enviar misioneros.

¿Por qué?

Porque el Rey vive.

La misión no depende de la presencia física visible de Jesús en una sola ciudad.

El Cristo resucitado gobierna y envía a su Iglesia.

26. La resurrección debe cambiar nuestras prioridades

Pablo escribió:

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba”.

Colosenses 3:1.

Si nuestra vida está unida a Cristo, nuestras prioridades deben cambiar.

No podemos vivir solamente para acumular.

Competir.

Impresionar.

Consumir.

Sobrevivir.

Hay una realidad eterna.

Hay una misión.

Hay personas que necesitan escuchar el evangelio.

Hay una generación que necesita formación.

Hay una Iglesia que debe ser edificada.

Hay una carrera que terminar.

La resurrección nos recuerda que esta vida no es todo.

27. Nuestro trabajo en el Señor no es en vano

Después de dedicar un capítulo entero a la resurrección, Pablo termina 1 Corintios 15 diciendo:

"Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre".

1 Corintios 15:58.

¿Y por qué?

"Sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano".

Observe la conexión.

Porque hay resurrección, el trabajo en el Señor tiene sentido.

Tal vez no vea todos los resultados ahora.

Tal vez una semilla tarde años en germinar.

Tal vez un libro llegue a una persona que usted nunca conocerá.

Tal vez un discípulo formado hoy forme a cientos mañana.

Tal vez una oración produzca fruto después de su partida.

En el Señor, el trabajo no es en vano.

28. La muerte no puede cancelar el propósito eterno de Dios

Todos tenemos un tiempo limitado.

Nuestros cuerpos envejecen.

Las generaciones cambian.

Los líderes terminan sus carreras.

Pero el Reino continúa.

La resurrección nos libera de la desesperación de pensar que todo depende de nosotros.

Cristo vive.

La Iglesia es suya.

La misión es suya.

La Palabra es suya.

Nosotros servimos durante el tiempo que Él nos concede.

Pablo dijo:

“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”.

Filipenses 1:21.

Solamente una persona con esperanza de resurrección puede hablar así.

29. Un día escucharemos nuevamente su voz

Jesús dijo:

“Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz”.

Juan 5:28.

La misma voz que dijo:

“Lázaro, ven fuera”,

un día llamará a los muertos.

La resurrección de Cristo es la garantía de que la historia humana no termina en el cementerio.

Habrá resurrección.

Habrá juicio.

Habrá vida eterna para quienes están en Cristo.

Esta verdad debe despertar esperanza.

Y también urgencia.

30. La resurrección exige una decisión

La tumba vacía no es solamente una noticia para admirar.

Exige una respuesta.

Si Jesús resucitó, entonces es Señor.

Si es Señor, debemos arrepentirnos.

Creer.

Seguirlo.

Obedecerlo.

Anunciarlo.

Pablo dijo en Atenas que Dios:

“Manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”.

Hechos 17:30.

Y conectó ese llamado con el hecho de que Dios levantó a Jesús de los muertos.

La resurrección anuncia esperanza.

Pero también anuncia que la historia avanza hacia un encuentro con Cristo.

31. María escuchó su nombre

Volvamos al jardín.

María Magdalena lloraba cerca de la tumba.

Vio a Jesús, pero no lo reconoció.

Pensó que era el hortelano.

Entonces Jesús dijo una sola palabra:

“¡María!”

Juan 20:16.

Ella reconoció su voz.

Qué escena tan hermosa.

La mujer que había llegado buscando un cadáver encontró al Señor vivo.

El dolor se convirtió en misión.

Jesús le dijo que fuera a anunciar la noticia.

La primera reacción del encuentro con el Resucitado fue:

Ve y anuncia.

Ese llamado continúa.

32. El mensaje sigue siendo el mismo

Han pasado siglos.

Imperios han aparecido y desaparecido.

Gobiernos han cambiado.

Tecnologías han cambiado.

Idiomas han evolucionado.

Las formas de comunicación se han transformado.

Pero el mensaje central continúa:

Jesucristo murió por nuestros pecados.

Fue sepultado.

Resucitó al tercer día.

Está vivo.

Es Señor.

Salva a quienes se arrepienten y creen en Él.

Ese mensaje debe viajar por todos los medios legítimos disponibles.

De persona a persona.

Desde un púlpito.

En una casa.

En una cárcel.

En un hospital.

En una escuela.

Por radio.

Televisión.

Internet.

Audio.

Video.

Libros.

Redes sociales.

Idiomas.

Naciones.

Porque Cristo vive.

REFLEXIÓN FINAL

La piedra fue removida.

La tumba quedó vacía.

Las mujeres escucharon:

“No está aquí, pues ha resucitado”.

Los discípulos vieron al Señor.

Tomás tocó las señales.

Pedro fue restaurado.

Pablo encontró al Cristo vivo.

La Iglesia salió a predicar.

Y el mensaje llegó hasta nosotros.

Jesucristo está vivo.

La muerte no pudo retenerlo.

La tumba no pudo encerrarlo.

El enemigo no pudo vencerlo.

Y porque Él vive, tenemos esperanza.

Esperanza para el pecador.

Esperanza para el que ha caído y se arrepiente.

Esperanza para el que llora.

Esperanza frente a la muerte.

Esperanza para la misión.

Esperanza para el futuro.

Pero la historia de Cristo no terminó en la tumba vacía.

Después de resucitar, Jesús pasó tiempo con sus discípulos.

Los enseñó.

Los preparó.

Los envió.

Y después ascendió.

Los discípulos levantaron sus ojos hacia el cielo.

Pero Cristo no se retiró a la inactividad.

Fue exaltado.

Está a la diestra del Padre.

Reina.

Intercede.

Gobierna.

Y continúa edificando su Iglesia.

Oremos:

Señor Jesucristo, tú vives.
La muerte no pudo retenerte y la tumba quedó vacía.
Gracias porque tu resurrección confirma nuestra esperanza.
Cuando tenga miedo, recuérdame que tú vives.
Cuando enfrente pérdidas, recuérdame que tú eres la resurrección y la vida.
Cuando me canse sirviendo, recuérdame que mi trabajo en ti no es en vano.
Cuando falle, llévame al arrepentimiento verdadero y restaura mi vida conforme a tu voluntad.
Líbrame de vivir como si esta vida fuera todo lo que existe.
Dame una perspectiva eterna.
Hazme firme y constante en tu obra.
Y úsame para anunciar a otros que el Salvador que murió en la cruz ha resucitado y vive por los siglos de los siglos.
En tu nombre, Jesús. Amén.

CAPÍTULO 9

EL REY EXALTADO

La ascensión, el reinado y la intercesión de Cristo

Los discípulos habían vivido semanas extraordinarias.

Habían visto morir a Jesús.

Habían llorado.

Habían tenido miedo.

Habían cerrado las puertas.

Después ocurrió lo imposible.

Jesús resucitó.

Lo vieron.

Hablaron con Él.

Comieron con Él.

Tocaron sus manos.

Escucharon nuevamente su voz.

Durante cuarenta días, el Señor resucitado se presentó ante ellos y les habló acerca del Reino de Dios.

Hechos dice:

“A quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios”.

Hechos 1:3.

Entonces llegó el momento de la despedida.

Jesús llevó a sus discípulos hasta las cercanías de Betania.

Les dio instrucciones.

Les habló de la venida del Espíritu Santo.

Les dijo que recibirían poder.

Y les recordó la misión.

“Y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”.

Hechos 1:8.

Después ocurrió algo que ellos nunca olvidarían.

Lucas escribe:

“Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos”.

Hechos 1:9.

Los discípulos quedaron mirando hacia el cielo.

Jesús había ascendido.

Pero debemos comprender algo fundamental.

La ascensión no fue simplemente la partida de Jesús.

Fue su exaltación visible.

El Cristo resucitado ascendió.

Fue exaltado.

Se sentó a la diestra del Padre.

Reina.

Intercede.

Gobierna.

Edifica su Iglesia.

Y un día volverá.

Jesucristo no está esperando pasivamente que llegue el final de la historia.

Jesucristo reina ahora.

1. La ascensión fue un acontecimiento real

La ascensión de Cristo no fue una idea simbólica creada por la Iglesia.

Los discípulos fueron testigos.

Lucas relata:

“Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo”.

Lucas 24:51.

Hechos añade:

“Viéndolo ellos, fue alzado”.

Hechos 1:9.

Observe la insistencia en la experiencia de los discípulos.

Ellos estaban mirando.

Jesús fue alzado.

Una nube lo ocultó de sus ojos.

El Cristo que había resucitado corporalmente ascendió.

La encarnación no fue temporal en el sentido de que el Hijo abandonara después su humanidad.

El Hijo eterno permanece como el Cristo glorificado.

El Mediador resucitado ascendió al cielo.

2. Los discípulos quedaron mirando

Después de la ascensión, los discípulos continuaron mirando al cielo.

Tal vez estaban sorprendidos.

Tal vez esperaban verlo aparecer nuevamente.

Tal vez no sabían qué hacer.

Entonces aparecieron dos varones con vestiduras blancas y dijeron:

“Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo?”

Hechos 1:11.

Y añadieron:

“Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”.

Qué mensaje tan poderoso.

Este mismo Jesús.

El que caminó con ellos.

El que murió.

El que resucitó.

El que ascendió.

Ese mismo Jesús volverá.

Pero mientras esperan su regreso, los discípulos no deben permanecer inmóviles mirando hacia arriba.

Tienen una misión.

3. Esperar a Cristo no significa quedarse inmóvil

Hay una manera incorrecta de entender la esperanza futura.

Algunas personas hablan del regreso de Cristo, pero descuidan la misión presente.

Estudian señales.

Discuten fechas.

Analizan acontecimientos.

Debaten interpretaciones.

Pero no evangelizan.

No discipulan.

No sirven.

No forman a nadie.

No ayudan al necesitado.

No anuncian a Cristo.

La esperanza bíblica del regreso de Jesús debe producir fidelidad, no pasividad.

Los ángeles prácticamente dijeron a los discípulos:

¿Por qué siguen mirando?

Él volverá.

Ahora obedezcan.

La Iglesia espera trabajando.

Espera predicando.

Espera sirviendo.

Espera formando discípulos.

Espera extendiendo el evangelio.

4. Jesús fue exaltado a la diestra del Padre

Después de la ascensión, Pedro predicó:

“Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”.

Hechos 2:33.

Cristo fue exaltado.

La expresión “a la diestra de Dios” habla del lugar de autoridad, honor y gobierno.

No debemos imaginarla de una manera materialista, como si el Padre tuviera un cuerpo humano sentado en una silla y Jesús estuviera simplemente en otra silla al lado.

La expresión bíblica comunica autoridad y exaltación.

El Salmo 110 había anunciado:

“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra”.

Salmo 110:1.

Jesús había utilizado este salmo.

Los apóstoles también lo utilizaron.

El Cristo rechazado por los hombres fue exaltado por Dios.

5. La exaltación comenzó después de la humillación

Filipenses presenta un movimiento extraordinario.

Cristo se humilló.

Tomó forma de siervo.

Se hizo semejante a los hombres.

Obedeció hasta la muerte.

Y muerte de cruz.

Entonces Pablo escribe:

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo”.

Filipenses 2:9.

Observe las palabras:

Hasta lo sumo.

El camino de Cristo pasó por la humillación antes de la exaltación.

Por el servicio antes de la gloria visible.

Por la cruz antes de la corona.

Esto confronta nuestra obsesión por llegar rápidamente a lugares visibles.

Queremos exaltación sin proceso.

Corona sin cruz.

Autoridad sin servicio.

Reconocimiento sin obediencia.

El camino de Cristo fue diferente.

6. El nombre sobre todo nombre

Pablo continúa:

“Y le dio un nombre que es sobre todo nombre”.

Filipenses 2:9.

Y añade:

“Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla”.

Filipenses 2:10.

En los cielos.

En la tierra.

Debajo de la tierra.

Y:

“Toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Filipenses 2:11.

La historia se dirige hacia el reconocimiento universal del señorío de Cristo.

Hoy algunos lo rechazan.

Otros lo ignoran.

Otros se burlan.

Otros utilizan su nombre sin reverencia.

Pero llegará el día cuando toda rodilla se doblará.

La pregunta no es si Cristo será reconocido como Señor.

La pregunta es:

¿Nos rendiremos voluntariamente a Él ahora o enfrentaremos su señorío en el juicio?

7. Jesús reina ahora

A veces hablamos del Reino de Cristo solamente en futuro.

Es verdad que esperamos la manifestación plena de su Reino.

Es verdad que esperamos su regreso.

Pero también es verdad que Cristo reina ahora.

Pedro dijo:

“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”.

Hechos 2:36.

Pablo escribió que Cristo está:

“Sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra”.

Efesios 1:21.

No solamente en este siglo.

También en el venidero.

Cristo reina.

8. Su Reino no depende de las noticias del día

Cada día las noticias cambian.

Un gobierno sube.

Otro cae.

Hay guerras.

Elecciones.

Crisis.

Tratados.

Conflictos.

Amenazas.

Cambios económicos.

La historia humana parece inestable.

Y lo es.

Pero el trono de Cristo no cambia con las elecciones humanas.

Ningún parlamento vota para decidir si Jesús continúa siendo Señor.

Ningún tribunal puede removerlo.

Ningún ejército puede derrocarlo.

Ninguna crisis económica disminuye su autoridad.

Ninguna tecnología lo sorprende.

Ninguna nación está fuera de su conocimiento.

Cristo reina.

Esto no significa que todo lo que ocurre en el mundo sea bueno.

Significa que el mal nunca tendrá la última palabra.

9. Toda autoridad pertenece a Cristo

Antes de enviar a sus discípulos, Jesús dijo:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”.

Mateo 28:18.

Después dijo:

“Por tanto, id”.

Mateo 28:19.

Observe la conexión.

La misión comienza con la autoridad de Cristo.

No vamos a las naciones porque seamos fuertes.

Vamos porque Él tiene toda autoridad.

No hacemos discípulos porque tengamos recursos ilimitados.

Lo hacemos porque el Rey nos envía.

No dependemos solamente de estrategias humanas.

Dependemos del Señor de la misión.

10. La Gran Comisión nace del trono

La misión cristiana no nació en una oficina de planificación.

Nació de la autoridad del Rey resucitado.

Jesús dijo:

“Id, y haced discípulos a todas las naciones”.

Mateo 28:19.

Todas las naciones.

No solamente nuestro barrio.

No solamente nuestra ciudad.

No solamente nuestro idioma.

No solamente las personas parecidas a nosotros.

Las naciones.

La visión de Cristo es global.

Por eso la Iglesia debe pensar más allá de sus fronteras.

Debe traducir.

Enviar.

Formar.

Multiplicar.

Utilizar todos los medios legítimos para llevar el evangelio y la enseñanza bíblica.

11. El Rey prometió su presencia

Después de dar la Gran Comisión, Jesús dijo:

“Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Mateo 28:20.

Qué promesa.

El que asciende promete estar con su Iglesia.

¿Cómo puede hacerlo?

Porque no es un hombre limitado a un lugar.

Es el Hijo eterno.

El Cristo exaltado está presente con su pueblo por medio del Espíritu Santo.

La misión no se realiza sola.

Cristo está con su Iglesia.

En una gran ciudad.

En una pequeña aldea.

En una prisión.

En un hospital.

En una capilla.

En una casa.

En un centro de formación.

En una nación donde el evangelio es recibido.

Y en otra donde es perseguido.

Yo estoy con vosotros.

12. Cristo es cabeza de la Iglesia

Pablo escribió:

“Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”.

Efesios 1:22.

La Iglesia tiene una Cabeza.

Jesucristo.

No pertenece a un hombre.

No pertenece a una familia.

No pertenece a una organización.

No pertenece a un líder carismático.

No pertenece a un ministerio.

La Iglesia pertenece a Cristo.

Los pastores son siervos.

Los maestros son siervos.

Los evangelistas son siervos.

Los apóstoles fueron siervos.

Los líderes pasan.

Cristo permanece.

13. Cuando un líder olvida quién es la Cabeza

Aquí hay un peligro serio.

Una obra puede comenzar sirviendo a Cristo.

Pero con el tiempo, el líder puede comenzar a actuar como dueño.

Todo debe pasar por él.

Nadie puede crecer más que él.

Nadie puede ser reconocido sin su permiso.

La obra comienza a girar alrededor de su personalidad.

Eso es peligroso.

Juan el Bautista entendió correctamente su lugar:

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”.

Juan 3:30.

El objetivo del ministerio no es hacer grande el nombre del ministro.

Es exaltar a Cristo.

14. Cristo continúa edificando su Iglesia

Jesús dijo:

“Edificaré mi iglesia”.

Mateo 16:18.

Observe:

Mi Iglesia.

Y:

Yo edificaré.

Nosotros participamos.

Predicamos.

Enseñamos.

Discipulamos.

Organizamos.

Enviamos.

Servimos.

Pero Cristo es el verdadero edificador.

Esto nos da humildad.

Y descanso.

Humildad porque no podemos atribuirnos la gloria.

Descanso porque el futuro de la Iglesia no depende solamente de nuestra capacidad.

Cristo continúa obrando.

15. El Cristo exaltado dio dones a su Iglesia

Pablo relaciona la ascensión con los dones para la edificación del cuerpo.

Efesios 4 habla de Cristo que ascendió y dio dones a los hombres.

Después menciona diferentes funciones de servicio para:

“Perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”.

Efesios 4:12.

El liderazgo cristiano no existe para hacer todo mientras la congregación observa.

Existe para equipar a los santos.

Formar.

Preparar.

Madurar.

Movilizar.

El objetivo es un cuerpo saludable donde cada miembro sirve conforme a la gracia recibida.

16. El Rey también intercede por nosotros

Aquí encontramos una de las verdades más consoladoras del Nuevo Testamento.

Cristo no solamente reina.

También intercede.

Hebreos dice:

“Viviendo siempre para interceder por ellos”.

Hebreos 7:25.

Piense en esto.

Jesucristo vive.

Y su ministerio a favor de su pueblo continúa.

La cruz fue una obra terminada.

No necesita repetirse.

Pero el Cristo resucitado continúa como nuestro Sumo Sacerdote y Mediador.

17. ¿Qué significa que Cristo intercede?

No debemos imaginar que el Padre es cruel y Jesús intenta convencerlo de amarnos.

Ese no es el evangelio.

El Padre mismo amó y envió al Hijo.

La redención es obra del Dios trino.

La intercesión de Cristo significa que nuestra relación con Dios está sostenida por la obra y mediación del Hijo.

Nuestra confianza no está en nuestra perfección.

Está en Cristo.

Pablo pregunta:

"¿Quién es el que condenará?"

Romanos 8:34.

Y responde:

“Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”.

Qué seguridad.

Murió.

Resucitó.

Está exaltado.

Intercede.

18. Pedro necesitaba un Intercesor

Antes de la crucifixión, Jesús dijo a Pedro:

“Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo”.

Lucas 22:31.

Después añadió:

“Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte”.

Lucas 22:32.

Jesús sabía que Pedro fallaría.

Sabía que lo negaría.

Pero también sabía que Pedro sería restaurado.

Por eso le dijo:

“Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”.

Pedro cayó.

Pero su historia no terminó allí.

Cristo había orado por él.

19. Cristo conoce nuestras debilidades

Nuestro Sumo Sacerdote no es distante.

Hebreos dice:

“No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades”.

Hebreos 4:15.

Él conoce la experiencia humana.

Fue tentado.

Rechazado.

Traicionado.

Cansado.

Tuvo hambre.

Lloró.

Sufrió.

Sin pecado.

Por eso podemos acercarnos:

“Confiadamente al trono de la gracia”.

Hebreos 4:16.

No al trono del terror para el creyente reconciliado.

Al trono de la gracia.

Para alcanzar misericordia.

Y hallar gracia para el oportuno socorro.

20. Cuando usted no sabe cómo continuar

Hay momentos en que una persona se siente agotada.

Ha orado.

Ha luchado.

Ha servido.

Ha esperado.

Y parece no tener fuerzas.

En esos momentos debemos recordar:

Nuestra salvación no descansa en la fuerza con que nosotros sostenemos a Cristo.

Descansa en Cristo sosteniéndonos.

Esto no elimina nuestra responsabilidad.

No justifica la pasividad.

Pero cambia el fundamento de nuestra seguridad.

Jesús dijo acerca de sus ovejas:

“Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”.

Juan 10:28.

Estamos en las manos del Pastor.

21. Cristo es nuestro Abogado

Juan escribió:

“Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”.

1 Juan 2:1.

Observe que Juan no dice:

“Peca tranquilamente porque tienes abogado”.

Al contrario, escribe para que no pequemos.

Pero reconoce la realidad de que los creyentes pueden fallar.

¿Qué hacemos cuando pecamos?

No esconderlo.

No justificarlo.

No llamar bueno a lo malo.

Confesar.

Arrepentirnos.

Volver a Dios.

Tenemos un Abogado.

Jesucristo el justo.

22. La intercesión de Cristo destruye la desesperación

El acusador quiere llevar al pecador hacia dos extremos.

Antes del pecado dice:

“No pasa nada”.

Después del pecado dice:

“Ya no hay esperanza para ti”.

Primero minimiza el pecado.

Después maximiza la desesperación.

El evangelio hace lo contrario.

Dice:

El pecado es grave.

Tan grave que Cristo tuvo que morir.

Pero la gracia es poderosa.

Tan poderosa que la sangre de Cristo limpia al que se arrepiente y cree.

El Cristo exaltado intercede.

Por eso no debemos jugar con el pecado.

Pero tampoco debemos correr lejos de Dios cuando necesitamos misericordia.

23. Cristo reina sobre los poderes espirituales

Pablo escribió que Dios sentó a Cristo:

“Sobre todo principado y autoridad y poder y señorío”.

Efesios 1:21.

Esta verdad es fundamental para una comprensión bíblica de la guerra espiritual.

Cristo no está luchando desesperadamente para ver si logra alcanzar autoridad.

Ya fue exaltado.

Los poderes espirituales no son iguales a Cristo.

Satanás no es el opuesto equivalente de Dios.

Es una criatura rebelde y limitada.

Cristo es Señor.

La Iglesia debe hacer guerra espiritual desde una cristología correcta.

No desde miedo.

No desde superstición.

No desde obsesión con demonios.

Desde la supremacía de Cristo.

24. La autoridad espiritual nunca debe separarse de la obediencia

Hay personas que quieren hablar de autoridad espiritual, pero no quieren hablar de santidad.

Quieren reprender.

Declarar.

Ordenar.

Pero no obedecer.

Eso es peligroso.

La verdadera autoridad ministerial siempre está bajo la autoridad de Cristo.

El centurión entendió el principio cuando dijo:

“Porque también yo soy hombre bajo autoridad”.

Mateo 8:9.

Antes de hablar de ejercer autoridad, debemos aprender a vivir bajo autoridad.

Bajo Cristo.

Bajo su Palabra.

En obediencia.

En carácter.

En humildad.

25. Cristo gobierna su misión por el Espíritu Santo

Antes de ascender, Jesús prometió:

“Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo”.

Hechos 1:8.

Después de la exaltación de Cristo, el Espíritu Santo fue derramado en Pentecostés.

Pedro explicó:

“Exaltado por la diestra de Dios... ha derramado esto que vosotros veis y oís”.

Hechos 2:33.

La misión de la Iglesia no puede realizarse solamente con organización.

Necesitamos al Espíritu Santo.

Podemos tener estructura sin vida.

Programas sin poder.

Información sin transformación.

Estrategia sin dirección.

El Cristo exaltado derramó el Espíritu para capacitar a su Iglesia.

26. El Espíritu Santo no vino para reemplazar a Cristo

El ministerio del Espíritu Santo es profundamente cristocéntrico.

Jesús dijo:

“Él me glorificará”.

Juan 16:14.

Donde el Espíritu obra verdaderamente, Cristo es exaltado.

La verdad de Cristo es iluminada.

El pecado es confrontado.

Los creyentes son transformados.

La Iglesia es capacitada para testificar.

No debemos separar al Espíritu de Cristo.

Ni usar el lenguaje del Espíritu para construir espectáculos alrededor de personalidades humanas.

El Espíritu glorifica a Cristo.

27. El Rey gobierna en medio de enemigos

El Salmo 110 dice:

“Domina en medio de tus enemigos”.

Salmo 110:2.

Esta imagen es importante.

El reinado de Cristo ya es real.

Pero todavía esperamos la consumación final.

Vivimos entre el “ya” y el “todavía no”.

Cristo reina.

Pero todavía existe rebelión.

Cristo venció.

Pero todavía esperamos la destrucción final de la muerte.

El Reino ha llegado en Cristo.

Y un día será manifestado plenamente.

Por eso la Iglesia vive con confianza y paciencia.

28. El último enemigo será destruido

Pablo escribió:

“Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies”.

1 Corintios 15:25.

Y añade:

“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte”.

1 Corintios 15:26.

Cristo reina.

Y la historia avanza hacia la victoria final.

La muerte todavía causa dolor.

Pero su sentencia ya está determinada.

El Cristo resucitado es la garantía.

Un día la muerte será destruida.

29. Esteban vio al Cristo exaltado

Esteban estaba siendo apedreado.

Humanamente, parecía una derrota.

Un siervo fiel estaba muriendo.

Sus enemigos tenían piedras en las manos.

Pero Esteban levantó los ojos.

Hechos dice:

“Vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios”.

Hechos 7:55.

Qué contraste.

Abajo, violencia.

Arriba, gloria.

Abajo, piedras.

Arriba, Cristo.

Abajo, hombres condenándolo.

Arriba, el Señor recibiéndolo.

La realidad visible no era toda la realidad.

Nunca lo es.

30. Cuando el mundo parece fuera de control

Hay momentos en que miramos las circunstancias y pensamos:

¿Qué está pasando?

Violencia.

Confusión.

Crisis moral.

Guerras.

Enfermedades.

Injusticia.

Persecución.

Pero la Iglesia debe levantar sus ojos.

No para ignorar el sufrimiento.

No para escapar de su responsabilidad.

Sino para recordar quién está en el trono.

Jesucristo reina.

Eso nos permite trabajar sin desesperación.

Luchar sin odio.

Servir sin orgullo.

Sufrir sin perder la esperanza.

31. El Rey tiene una misión para cada generación

Los primeros discípulos tenían una tarea.

Nosotros también.

Ellos comenzaron en Jerusalén.

Después Judea.

Samaria.

Hasta lo último de la tierra.

Cada generación recibe la responsabilidad de llevar el evangelio más lejos.

Hoy tenemos herramientas que los primeros discípulos no tenían.

Aviones.

Internet.

Teléfonos.

Video.

Audio.

Traducción.

Impresión.

Plataformas digitales.

Educación a distancia.

Pero la tecnología es solamente herramienta.

El mensaje sigue siendo Cristo.

La tecnología puede acelerar la distribución.

Pero solamente el Espíritu Santo transforma el corazón.

Necesitamos ambos discernimientos:

usar sabiamente las herramientas disponibles y depender completamente de Dios.

32. El reinado de Cristo debe gobernar nuestras instituciones

Una iglesia puede llevar el nombre de Cristo y comenzar a actuar según ambiciones humanas.

Un instituto puede enseñar teología y perder la humildad.

Un ministerio puede crecer y olvidar la misión.

Una organización puede proteger su estructura más que a las personas.

Por eso debemos volver constantemente al trono.

¿Quién es el Rey?

Cristo.

¿Para quién existen nuestros libros?

Para servir a Cristo y formar personas.

¿Para quién existen los centros de formación?

Para Cristo.

¿Para quién existe la capellanía?

Para llevar la presencia, la verdad, el consuelo y el evangelio de Cristo a lugares de necesidad.

¿Para quién existen los seminarios?

Para equipar al pueblo de Cristo.

¿Para quién existe la misión?

Para la gloria de Cristo y la salvación de las personas.

Cuando Cristo permanece en el centro, las estructuras sirven a la misión.

Cuando Cristo deja el centro, la misión termina sirviendo a las estructuras.

33. La capellanía bajo el señorío de Cristo

Un capellán cristiano puede entrar en lugares donde un predicador tradicional tal vez nunca entre.

Hospitales.

Prisiones.

Centros de rehabilitación.

Fuerzas de seguridad.

Instituciones.

Escuelas.

Zonas de desastre.

Hogares en crisis.

Lugares de duelo.

Pero el capellán debe recordar a quién representa.

No entra para construir su nombre.

Entra como siervo.

Entra para escuchar.

Acompañar.

Consolar.

Orar.

Orientar responsablemente.

Servir.

Y, cuando exista la oportunidad adecuada, presentar la esperanza que hay en Jesucristo.

La autoridad del capellán cristiano no nace de un uniforme.

Ni de una credencial.

Ni de un título.

Esas cosas pueden tener una función institucional.

Pero el carácter del servicio nace de estar bajo el señorío de Cristo.

34. Cristo no nos llamó a construir monumentos personales

La historia está llena de personas que quisieron hacer grande su nombre.

En Babel dijeron:

“Hagámonos un nombre”.

Génesis 11:4.

El Reino camina en dirección contraria.

Juan el Bautista dijo:

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”.

Juan 3:30.

La pregunta para todo líder es:

¿Estoy formando personas para que dependan de Cristo o para que dependan de mí?

¿Estoy construyendo el Reino o protegiendo mi plataforma?

¿Me alegro cuando otros crecen?

¿Puedo enviar a alguien?

¿Puedo delegar?

¿Puedo formar sucesores?

¿Puedo celebrar cuando otro llega más lejos?

El Rey es Cristo.

Nosotros somos siervos.

35. El Rey intercede mientras nosotros servimos

Tal vez esta sea una de las verdades que más descanso produce.

Mientras la Iglesia trabaja en la tierra, Cristo no está ausente.

Intercede.

Gobierna.

Envía.

Abre puertas.

Sostiene.

Corrige.

Disciplina.

Consuela.

Nosotros no cargamos solos la misión.

Esto no significa que no habrá cansancio.

Pablo se cansó.

No significa que no habrá oposición.

Los apóstoles fueron perseguidos.

No significa que todos los planes saldrán como esperamos.

Pablo encontró puertas cerradas y cambios de dirección.

Pero el Señor de la misión continúa gobernando.

36. A veces una puerta cerrada también está bajo su gobierno

Pablo quiso ir a ciertos lugares.

Pero Hechos dice que el Espíritu Santo le impidió hablar la palabra en Asia en ese momento.

Después intentó ir a Bitinia.

Y nuevamente fue dirigido de otra manera.

Hechos 16.

Entonces recibió la visión del varón macedonio.

Una puerta cerrada no siempre significa derrota.

A veces significa dirección.

Necesitamos aprender a escuchar.

No todo lo que podemos hacer debemos hacerlo ahora.

No toda buena idea pertenece a la temporada presente.

El Rey dirige su misión.

37. Cristo conoce cada iglesia

En Apocalipsis, Jesús habla a las iglesias.

Dice:

“Yo conozco tus obras”.

Apocalipsis 2 y 3.

Cristo conoce.

Conoce la fidelidad.

Conoce el sufrimiento.

Conoce la falsa doctrina.

Conoce la tibieza.

Conoce la perseverancia.

Conoce lo que los hombres aplauden y lo que Dios desaprueba.

Esto debe producir reverencia.

Podemos impresionar a las personas.

No podemos engañar a Cristo.

El Señor de la Iglesia camina en medio de ella.

38. El Rey también corrige a su pueblo

Hablar del reinado de Cristo no significa hablar solamente de consuelo.

El Rey corrige.

En Apocalipsis dijo:

“Yo reprendo y castigo a todos los que amo”.

Apocalipsis 3:19.

El amor de Cristo no es indiferencia.

Él quiere una Iglesia santa.

Fiel.

Vigilante.

Doctrinalmente firme.

Llena de amor.

La corrección de Cristo tiene propósito restaurador.

Por eso debemos escuchar su voz.

39. La intercesión de Cristo nos da seguridad, no descuido

Algunas personas podrían pensar:

“Si Cristo intercede por mí, entonces puedo vivir como quiera”.

No.

Quien comprende la gracia correctamente no la utiliza como permiso para pecar.

La gracia nos enseña a renunciar a la impiedad.

Tito 2:11-12.

La seguridad en Cristo produce gratitud.

Obediencia.

Amor.

Perseverancia.

No perfección instantánea.

Pero sí una nueva dirección de vida.

40. Tenemos un Sumo Sacerdote y un Rey

En Jesucristo se unen realidades extraordinarias.

Él es Rey.

Y es Sumo Sacerdote.

Tiene autoridad.

Y tiene compasión.

Gobierna.

E intercede.

Es exaltado sobre todo principado.

Y se compadece de nuestras debilidades.

No necesitamos elegir entre un Cristo poderoso y un Cristo cercano.

Él es ambas cosas.

El Rey que gobierna es el Sacerdote que intercede.

El Señor exaltado es el Salvador que conoce nuestro nombre.

41. Nuestra oración llega al trono de la gracia

Cuando oramos en el nombre de Jesús, no estamos utilizando una fórmula mágica.

Nos acercamos a Dios sobre la base de Cristo.

De su obra.

De su mediación.

De su justicia.

Por eso podemos orar con confianza.

No arrogancia.

Confianza.

El hijo no entra porque merece todo.

Entra porque pertenece a la familia por gracia.

El creyente se acerca al Padre por medio del Hijo.

En el Espíritu.

Qué privilegio.

42. Cristo volverá desde el lugar de su exaltación

Los ángeles dijeron:

“Este mismo Jesús... así vendrá como le habéis visto ir al cielo”.

Hechos 1:11.

La ascensión apunta hacia el regreso.

El Cristo que ascendió volverá.

No volverá como un niño en un pesebre.

No volverá para ser juzgado por Pilato.

No volverá para ser coronado de espinas.

Volverá en gloria.

Jesús dijo:

“Verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”.

Mateo 24:30.

La historia tiene una dirección.

Cristo volverá.

43. Mientras Él viene, trabajamos

Jesús contó parábolas que enseñan responsabilidad durante la espera.

La Iglesia no debe esconderse.

Debe servir.

Hay libros que escribir.

Discípulos que formar.

Niños que enseñar.

Familias que fortalecer.

Enfermos que visitar.

Presos que acompañar.

Capellanes que preparar.

Misioneros que enviar.

Líderes que entrenar.

Iglesias que edificar.

Naciones que alcanzar.

Idiomas a los cuales llevar la enseñanza.

Mientras haya tiempo, trabajamos.

No para ganar el amor de Dios.

Trabajamos porque hemos sido amados.

44. La pregunta no es solamente: “¿Cuándo volverá?”

Los discípulos preguntaron acerca de tiempos.

Jesús dirigió su atención hacia la misión.

Hechos 1.

La curiosidad profética nunca debe reemplazar la obediencia misionera.

Podemos estudiar escatología.

Debemos hacerlo responsablemente.

Pero la pregunta práctica sigue siendo:

¿Qué estamos haciendo con el tiempo que Dios nos ha dado?

Si Cristo volviera pronto, ¿cómo deberíamos vivir?

Con santidad.

Urgencia.

Amor.

Fidelidad.

Misión.

No con especulación vacía.

45. El Rey merece una Iglesia movilizada

Cristo no murió y resucitó para formar espectadores.

Llamó discípulos.

Testigos.

Siervos.

Embajadores.

Pablo escribió:

“Somos embajadores en nombre de Cristo”.

2 Corintios 5:20.

Un embajador representa a otro reino.

No habla en su propio nombre.

No inventa el mensaje.

Representa a quien lo envió.

La Iglesia está en el mundo como representante de Cristo.

Debemos hablar su verdad.

Mostrar su carácter.

Anunciar su reconciliación.

Servir en su nombre.

46. El día en que veremos al Rey

Ahora creemos sin verlo físicamente.

Oramos.

Servimos.

Esperamos.

Pero llegará el día.

Juan escribió:

“Le veremos tal como él es”.

1 Juan 3:2.

Piense en eso.

El Cristo que hemos estudiado.

El Verbo eterno.

El Mesías prometido.

El Hijo encarnado.

El hombre perfecto.

El Maestro.

El Sanador.

El Crucificado.

El Resucitado.

El Rey exaltado.

Lo veremos.

La fe dará lugar a la vista.

47. ¿Qué queremos escuchar aquel día?

Jesús contó una parábola en la que el señor dijo a su siervo:

“Bien, buen siervo y fiel”.

Mateo 25:21.

Hay muchas cosas que las personas pueden decir de nosotros.

Exitoso.

Conocido.

Influyente.

Inteligente.

Poderoso.

Pero hay palabras mucho más importantes:

Buen siervo y fiel.

Al final, no importará cuántas personas conocían nuestro nombre.

Importará si fuimos fieles al nombre de Cristo.

No importará cuántos títulos acumulamos.

Importará si obedecimos.

No importará el tamaño visible de nuestra plataforma.

Importará la fidelidad delante del Rey.

48. Levante los ojos, pero mueva los pies

Los discípulos miraron hacia el cielo.

Los ángeles les recordaron que Jesús volvería.

Entonces regresaron a Jerusalén.

Oraron.

Esperaron la promesa.

Recibieron el poder del Espíritu Santo.

Y salieron.

Jerusalén.

Judea.

Samaria.

Las naciones.

Ese sigue siendo el modelo.

Miramos al Rey.

Dependemos del Espíritu.

Y avanzamos en la misión.

No corremos sin dirección.

Pero tampoco permanecemos inmóviles.

Cristo reina.

Cristo intercede.

Cristo envía.

Y Cristo volverá.

REFLEXIÓN FINAL

Jesucristo ascendió.

Fue exaltado.

Está a la diestra del Padre.

Reina sobre todo principado, autoridad, poder y señorío.

Es Cabeza de la Iglesia.

Intercede por los suyos.

Derramó el Espíritu Santo.

Dirige la misión.

Sostiene a su pueblo.

Corrige a su Iglesia.

Y volverá.

No servimos a un Cristo ausente.

Servimos al Rey exaltado.

Cuando el mundo parece fuera de control, Cristo reina.

Cuando el creyente se siente débil, Cristo intercede.

Cuando la Iglesia enfrenta oposición, Cristo sigue siendo Cabeza.

Cuando la misión parece demasiado grande, Cristo dice:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”.

Y después:

“Por tanto, id”.

La respuesta al reinado de Cristo no es solamente admiración.

Es obediencia.

Es misión.

Es fidelidad.

Es servicio.

Es perseverancia.

Es vivir cada día sabiendo que el Rey está en el trono y que un día estaremos delante de Él.

Oremos:

Señor Jesucristo, Rey exaltado y Sumo Sacerdote fiel, hoy reconozco tu señorío.
Tú estás sobre todo principado, autoridad, poder y señorío.
La Iglesia te pertenece.
La misión te pertenece.
Mi vida te pertenece.
Gracias porque intercedes por nosotros.
Gracias porque conoces nuestras debilidades y nos invitas a acercarnos al trono de la gracia.
Líbrame del miedo, del orgullo y de la pasividad.
No permitas que use tu obra para construir mi propio nombre.
Enséñame a servir bajo tu autoridad.
Dame discernimiento para conocer tu dirección, humildad para obedecerla y poder del Espíritu Santo para cumplir la misión.
Hazme fiel en lo pequeño y responsable en lo grande.
Úsame para formar discípulos, fortalecer familias, preparar

líderes, servir al que sufre y llevar tu evangelio hasta donde tú abras camino.
Mientras espero tu regreso, quiero trabajar.
Mientras intercedes, quiero perseverar.
Mientras reinas, quiero obedecer.
Y cuando termine mi carrera, que todo lo que haya hecho apunte solamente a tu gloria.
Tú eres el Rey.
Tú eres el Señor.
Tú eres digno.
Amén.

El Rey está exaltado.

Pero la historia todavía espera un acontecimiento.

El mismo Jesús que ascendió volverá.

No como un niño en un pesebre.

No como el Siervo rechazado.

No para ser juzgado por los hombres.

Vendrá como Rey y Juez.

La Iglesia espera.

La creación gime.

La misión continúa.

Y la pregunta que ahora debemos enfrentar es:

¿Cómo debemos vivir mientras esperamos su regreso?

CAPÍTULO 10

EL REY QUE VOLVERÁ

La segunda venida de Cristo y la esperanza de su pueblo

Los discípulos miraban al cielo.

Jesús había ascendido.

La nube lo había ocultado de sus ojos.

Entonces dos varones con vestiduras blancas les dijeron:

“Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”.

Hechos 1:11.

Este mismo Jesús volverá.

No otro Cristo.

No una idea simbólica.

No solamente una influencia espiritual.

El mismo Jesús que nació, vivió, murió, resucitó y ascendió, volverá en gloria.

1. Cristo prometió volver

Jesús dijo:

“Vendré otra vez”.

Juan 14:3.

La esperanza cristiana no descansa en optimismo humano.

Descansa en la promesa de Cristo.

El mundo cambia.

Las naciones tiemblan.

Las generaciones pasan.

Pero la promesa permanece:

Cristo volverá.

2. Volverá con gloria

La primera venida fue en humildad.

Pesebre.

Nazaret.

Cruz.

Pero la segunda venida será en gloria.

Jesús dijo:

“Verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”.

Mateo 24:30.

El que fue rechazado será manifestado como Rey.

3. Volverá como Juez

Pablo escribió:

“Dios... ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó”.

Hechos 17:31.

Cristo no volverá para ser juzgado por Pilato.

Volverá para juzgar con justicia.

Toda rodilla se doblará.

Toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor.

4. Su venida debe producir santidad

Pedro preguntó:

“¿Cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir?”

2 Pedro 3:11.

La esperanza del regreso de Cristo no debe producir curiosidad vacía.

Debe producir santidad.

Vigilancia.

Obediencia.

Una vida preparada.

5. Su venida debe producir misión

Jesús no nos mandó adivinar fechas.

Nos mandó hacer discípulos.

Mientras esperamos, trabajamos.

Predicamos.

Formamos.

Servimos.

Evangelizamos.

Traducimos.

Escribimos.

Enviamos.

Porque todavía hay personas que necesitan escuchar el evangelio.

6. Nadie sabe el día ni la hora

Jesús dijo:

“Pero del día y la hora nadie sabe”.

Mateo 24:36.

Por eso debemos evitar especulaciones irresponsables.

No vivimos calculando fechas.

Vivimos fieles.

Preparados.

Despiertos.

Ocupados en la obra del Señor.

7. La creación será restaurada

La esperanza cristiana no es escapar para siempre de la creación.

Esperamos nuevos cielos y nueva tierra.

Pedro escribió:

“Esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”.

2 Pedro 3:13.

Cristo no solamente salva almas.

Consumará la redención de todas las cosas conforme al propósito de Dios.

8. Los muertos en Cristo resucitarán

Pablo escribió:

“Los muertos en Cristo resucitarán primero”.

1 Tesalonicenses 4:16.

La muerte no tendrá la última palabra.

Cristo resucitó.

Y los que están en Él también resucitarán.

La esperanza cristiana es corporal, gloriosa y eterna.

9. Estaremos con el Señor

Pablo concluye:

“Y así estaremos siempre con el Señor”.

1 Tesalonicenses 4:17.

Esa es la esperanza final.

No solamente un lugar hermoso.

No solamente ausencia de dolor.

Estaremos con el Señor.

La comunión con Cristo es el centro de nuestra esperanza.

10. Vivamos como siervos fieles

Jesús habló del siervo que espera a su señor.

El siervo fiel trabaja mientras su señor viene.

No se duerme en negligencia.

No maltrata a otros.

No desperdicia el tiempo.

Sirve.

Administra.

Obedece.

Espera con fidelidad.

REFLEXIÓN FINAL

Cristo volverá.

Esa verdad debe levantar nuestra esperanza y corregir nuestra vida.

No esperamos como personas sin futuro.

No trabajamos en vano.

No sufrimos sin esperanza.

No evangelizamos sin propósito.

El Rey viene.

Y mientras viene, la Iglesia debe permanecer despierta, santa, activa y fiel.

Oremos:

Señor Jesús, tú prometiste volver.
Ayúdame a vivir preparado, no distraído.
Santo, no contaminado.
Activo, no pasivo.
Fiel, no negligente.
Que tu regreso gobierne mis prioridades.
Que mi vida anuncie tu Reino.
Y que cuando vengas me encuentres sirviendo con amor, obediencia y esperanza.
Amén.

CONCLUSIÓN

JESUCRISTO ES EL CENTRO

Jesucristo es el Hijo eterno.

El Mesías prometido.

El Verbo hecho carne.

Verdadero Dios y verdadero hombre.

El hombre perfecto.

El Maestro con autoridad.

El Cordero crucificado.

El Señor resucitado.

El Rey exaltado.

El Intercesor fiel.

Y el Rey que volverá.

No hay cristianismo sin Cristo.

No hay evangelio sin cruz.

No hay esperanza sin resurrección.

No hay misión sin su autoridad.

No hay salvación fuera de Él.

Por eso, después de estudiar este libro, la pregunta vuelve:

¿Quién dices tú que es Jesús?

La respuesta correcta no debe quedarse en palabras.

Debe convertirse en fe.

Adoración.

Obediencia.

Servicio.

Misión.

Y esperanza.

A Jesucristo sea la gloria, ahora y por los siglos. Amén.

EPÍLOGO

DESPUÉS DE VER A CRISTO, NO PODEMOS SEGUIR IGUAL

Conocer a Jesucristo no es solamente aprender doctrina.

Es encontrarse con el centro de la historia.

El Hijo eterno vino.

El Mesías prometido cumplió la Palabra.

El Verbo se hizo carne.

El hombre perfecto obedeció.

El Cordero murió.

El Señor resucitó.

El Rey fue exaltado.

El Intercesor vive.

Y el mismo Jesús volverá.

Ahora la pregunta no es solamente:

¿Quién es Cristo?

La pregunta también es:

¿Qué haremos con Él?

Si es Salvador, confiemos en Él.

Si es Señor, obedezcámosle.

Si es Rey, rindámosle todo.

Si vive, anunciémoslo.

Si vuelve, preparémonos.

No podemos estudiar a Cristo y dejarlo en una página.

Debe gobernar la vida.

La familia.

El ministerio.

La misión.

La Iglesia.

Los planes.

Los recursos.

Las decisiones.

Todo.

Porque Cristo no vino a ocupar un rincón religioso.

Vino a ser el centro.

A Él sea la gloria. Amén.

ORACIÓN FINAL

Señor Jesucristo,
Hijo eterno de Dios,
te reconozco como mi Salvador, mi Señor y mi Rey.

Gracias por venir, vivir en obediencia perfecta, morir por nuestros pecados, resucitar victorioso, ascender en gloria e interceder por tu pueblo.

Ocupa el centro de mi vida.
Gobierna mi corazón.
Dirige mi misión.
Forma tu carácter en mí.
Y úsame para anunciar tu nombre hasta que vuelvas.

Amén.

RECOMENDACIÓN PARA CONTINUAR LA FORMACIÓN

Después de estudiar a Jesucristo, el siguiente paso lógico es profundizar en la obra del Espíritu Santo: su persona, su divinidad, su ministerio, el nuevo nacimiento, la santificación, los dones, el fruto, la llenura y su papel en la misión de la Iglesia.

PALABRAS FINALES AL LECTOR

Si usted ha llegado hasta estas páginas, ha recorrido un camino que comenzó antes de Belén.

Contemplamos al Hijo eterno antes de la creación.

Seguimos las promesas que anunciaban la llegada del Mesías.

Nos acercamos al misterio de la encarnación.

Vimos a Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre.

Caminamos por su vida de obediencia perfecta.

Escuchamos sus palabras.

Observamos sus señales.

Contemplamos su autoridad.

Llegamos a la cruz.

Visitamos la tumba vacía.

Levantamos nuestros ojos hacia el Rey exaltado.

Y finalmente miramos hacia el futuro, esperando su regreso.

Pero este recorrido no debe terminar aquí.

El propósito de conocer más acerca de Cristo es **conocer a Cristo**.

No permita que Jesucristo se convierta solamente en un tema teológico.

Hable con Él.

Obedézcale.

Sígalo.

Anúncielo.

Sirva en su nombre.

Ame lo que Él ama.

Rechace lo que Él rechaza.

Viva para su gloria.

Y recuerde siempre:

Todo comenzó por medio de Él.

Todo existe para Él.

Todo encuentra su sentido final en Él.

"Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén".

Romanos 11:36.

CONTINÚA TU FORMACIÓN

Este libro forma parte de una ruta de formación doctrinal diseñada para conducir al estudiante desde los fundamentos de la fe cristiana hacia una comprensión bíblica más profunda, firme y práctica.

El estudio de Jesucristo nos lleva naturalmente a una nueva pregunta:

¿Quién es el Espíritu Santo y cómo obra en la vida del creyente, en la Iglesia y en la misión de Dios?

En el próximo libro continuaremos estudiando:

La persona del Espíritu Santo.

Su divinidad.

Su obra en la salvación.

El nuevo nacimiento.

La morada del Espíritu.

La llenura del Espíritu Santo.

El fruto del Espíritu.

Los dones espirituales.

La santificación.

El poder para testificar.

El discernimiento espiritual.

Y la vida cristiana bajo la dirección del Espíritu.

Porque la formación doctrinal no consiste solamente en acumular información.

Consiste en conocer la verdad, permanecer firmes en ella y vivir bajo el gobierno de Dios.

La formación continúa.

La misión continúa.

Cristo vive.

Y vamos con todo, con Cristo.

Contacto:

www.cristolibera.org

BIOGRAFÍA INSTITUCIONAL DEL FUNDADOR

Roger D. Muñoz es fundador del Cristo Libera Global Theological Institute (CLGTI) y del Ministerio Cristo Libera Internacional, con sede en **Seattle, Washington, Estados Unidos**.

Su labor ministerial está enfocada en la formación **doctrinal sólida**, la **capacitación en liderazgo espiritual** y el establecimiento **de ministros** con fundamento bíblico firme y estructura ministerial clara.

Bajo su dirección, el ministerio ha desarrollado una estructura internacional activa en màs de **30 naciones**, con programas de formación presencial y una **Escuela de Guerra Espiritual** online de alcance global. Mensualmente, miles de estudiantes reciben capacitación bíblica estructurada a través de sus plataformas educativas.

El **CLGTI nace** como una respuesta estratégica a la necesidad de formación teológica formal con estándares académicos definidos, **integrando enscñanza doctrinal**, evaluación estructurada y certificación oficial emitida desde Estados Unidos.

Su enfoque no es producir información, sino formar lideres preparados para servir con autoridad bíblica, madurez espiritual y responsabilidad ministerial en el contexto contemporáneo.

Desde Seattle, Washington, hacia las naciones.

Comparte este libro

Un recurso gratuito para leer, estudiar y compartir.

Puedes enviar este PDF completo a tus familiares, amistades, contactos y congregación. Conserva la autoría y los créditos de la obra al compartirlo.

Este material puede utilizarse como apoyo para el estudio personal y en grupos. Lee los pasajes bíblicos en su contexto y pon en práctica lo aprendido.

La biblioteca gratuita ofrece recursos de apoyo del Ministerio Cristo Libera. Las clases, las escuelas y los diplomados continúan su labor formativa.

Libros y recursos: www.cristolibera.org/libros

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Roger D. Muñoz · Director Fundador · Editorial Cristo Libera